



ÉPOCA 3.^a—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 9.—Madrid 25 de Marzo de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 ½ ps. fr.
Un año.....	4 »

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 ½ ps. fr.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — Revista, por Nulema. — Crónica, por D. D. Isern. — Cuestión de nombre, por Blas. — Los grabados. — Elogio de San Pedro González Telmo, por D. R. Segades Campoamor. — Lágrimas que vierte un alma arrepentida, por Calderón de la Barca. — Santo Tomás de Aquino, por el P. Martínez Vigil. — Para qué sirven los pobres, por D. Leon Gautier. — La rama de coral, novela histórica de Enrique de Cauvain (conclusión). — Revista de conocimientos útiles. — Advertencia. GRABADOS. — Emmo, Cardenal Luis Bilio. — Recuerdos de Andalucía. — La partida de viaje. — Juan Gómez de Mora.

REVISTA

La buena sociedad ha suspendido sus bailes, pero en cambio ha entrado de lleno, según *Asmodeo*, en el período de los grandes banquetes.

Estamos en Cuaresma, y no se debe bailar; pero ninguna época mejor que la de los ayunos para las opíparas comilonas. La higiene, de acuerdo con la religión, aconseja en la primavera la templanza y sobriedad en las comidas; pero la moda, inspirada por el espíritu del siglo, señala esta época como la mejor para los grandes banquetes, en los cuales sufren por igual terribles ataques la salud del cuerpo y la del alma, la vida presente y la futura, la moral, consejera de la higiene, y la higiene inseparable discípula de la religión.

Los sabios doctores de la Medicina lo han dicho y repetido: toda transgresión de los preceptos de la moral cristiana, única moral verdadera, influye perniciosamente en la salud del cuerpo; de modo que el glotón, el licencioso, el iracundo, el perezoso matan á la vez el cuerpo y el alma con la intemperancia en la comida, el desenfreno en las costumbres, la irritabilidad del carácter, y el abandono é incuria de su actividad física y moral.

La buena sociedad que ahora, con ultraje de la religión, se entrega á los placeres de la mesa, comete un atentado contra sí misma, siendo sus mismos goces los vengadores de sus faltas, los verdugos que castigan sus pecados, adelantándose aun en esta vida á los tormentos de la futura.

No hay precepto más violado que el del ayuno, considerado por muchos como un rigor de personas místicas á que no pueden someterse, ni lo necesitan, los que se contentan con ser simplemente buenos. Y, sin embargo, el ayuno no es un consejo, sino un precepto autorizado con el ejemplo de Jesucristo, Nuestro Señor, el cual ayunó cuarenta días para prepararse á su Pasión y muerte, al sacrificio de su vida ofrecida al Eterno en expiación de los pecados del hombre.

Es la disculpa de todos los indiferentes la debilidad de su naturaleza, y ¡cosa singular! nunca ha habido más débiles que ahora en que se ayuna tan poco, probándose así que la debilidad más bien es efecto de la gula que de la templanza.

La Historia está llena de alabanzas de aquellos guerreros de la Edad Media

que se preparaban á las batallas ayunando y haciendo otras penitencias, confiando más en la fuerza de la Gracia que en la de la naturaleza. El ayuno, lejos de debilitar su cuerpo, lo robustecía con tales bríos que los anacoretas de la víspera se trocaban en leones al día siguiente, y llevaban á cabo hazañas tan heroicas que hoy nos parecen legendarias é inverosímiles.

No es el más fuerte el que más come, sino que, por el contrario, suele la buena mesa producir malas naturalezas, y en cambio los labriegos y pastores, que ayunan todo el año, son hombres fortísimos que llevan en su fisonomía enjuta y curtida el sello de una raza poderosa y atlética.

Por regla general, que tiene, como es consiguiente, sus excepciones razonables, los que menos ayunan son los que debieran comer menos.

Más víctimas ha ocasionado la gula que el ayuno, y, sin embargo, á nadie asusta una mesa bien repleta de manjares suculentos, y á muchos produce escalofríos el precepto religioso y saludable del ayuno cuaresmal.

Tal es la condición humana, dislocada por sus prevaricaciones.

Todos los periódicos vienen alarmados estos días con los progresos de la criminalidad en Madrid.



EMMO. CARDENAL LUIS BILIO

† en Roma el 8 de Febrero último.

El Imparcial, cuyas ideas han contribuido tanto á la desmoralización general, causa de estos desórdenes, dice que, «á seguir como hasta aquí, la corte de España será antes de poco tiempo señalada como una celebridad por lo repetido y espantoso de los delitos que en ella se perpetran».

Es verdad, como lo es también que «no hay día que no se señale por un crimen, excediendo siempre en sangrientos detalles el postrero al que antecede».

El diario democrático pide en vista de este «desdichado progreso» «que se aumente la policía mientras se discuten las causas que puedan determinarlo».

Muchas, muchísimas observaciones se nos ocurren al comentar estos párrafos; pero vamos á consignar sólo los principales.

La Prensa es hoy, no puede dudarse, una gran fuerza moral que influye poderosamente en las ideas y en los sentimientos de los pueblos. El antiguo refrán «dime con quién andas y te diré quién eres», puede modificarse ó modernizarse, sin que pierda un átomo de su caducidad, de este modo: «dime el periódico que lees y te diré quién eres.»

La proposición admite el ser invertida en estos términos:

«En tus obras, en tu conducta puede conocerse el periódico ó los periódicos que lees, porque el árbol se conoce por sus frutos.»

El pueblo de Madrid devora todos los días más de 100.000 periódicos. ¿Qué número alcanza en esta cifra la prensa católica? Tenemos la seguridad de que, caso de equivocarnos, será exagerando la cifra, no pasará de 2.000.

De los 98.000 periódicos que restan más de la mitad son impíos, y algunos de una impiedad tan furibunda como *El Cencerro*, que es una mina de oro para su propietario, *El Motín*, *Las Dominicales* y ocho ó diez políticos que no hay para qué nombrarlos.

Con estas lecturas, ¿qué ha de suceder? La fe se desvanece, y las tinieblas frías de la impiedad se apoderan de las almas, convirtiendo á los hombres en otra cosa peor que fieras: en verdaderos demonios.

Todavía oímos repetir, como una ilusión de los corazones generosos, esta frase: «El católico pueblo de Madrid.» Si el ser católico se considera como un título recibido en el bautismo, en Madrid casi toda la población es católica; pero si se ha de llamar católico únicamente al que profesa la religión de Jesucristo, en la capital de España, no nos hagamos ilusiones, quedan pocos, poquísimos católicos.

Llegará el Jueves Santo, y todas las iglesias estarán llenas de gente; pero hace poco que ha pasado el Miércoles de Ceniza, y la pradera del canal, bastante mayor que todos los pequeños templos de Madrid, no bastaba á contener el concurso de profanadores del primer día de la Cuaresma.

El Madrid de los periódicos no es el Madrid de los frailes; la fe está casi perdida en la mayoría del pueblo, y perdida por completo en esas gentes fastuosas que quieren conciliar la luz con las tinieblas, la virtud con el vicio, la religión con el mun-

do. El sabio P. Cámara acaba de demostrar en su última conferencia que quien admite algunos dogmas de fe, y no todos, no tiene fe ni en los mismos que acepta.

Hé ahí la causa de ese «detestable progreso» de que nos habla *El Imparcial*, progreso que es la consecuencia lógica de la corrupción de Madrid, debida á los estragos del periodismo, de la dramaturgia y de las costumbres modernas.

¿Qué vale para esto toda la policía del mundo? ¿Es posible colocar un polizone en el corazón de cada hombre, ni aun en el hogar de cada familia?

La policía de Madrid consta de mil plazas. Es posible que no llegue á este número el de misioneros que mantienen la paz, el orden, la moralidad y la unión fraterna en seis millones de habitantes que hay en Filipinas.

¿Cuándo se convencerán los Gobiernos y los hombres pensadores de que la máquina de un pueblo no tiene otro regulador que la religión verdadera? Quitad este regulador y los movimientos serán desordenados, las ruedas y palancas se harán pedazos, y la máquina entera estallará con espantosa revolución é irreparable ruína.

La tercera conferencia cuaresmal del Sr. Obispo de Tranópolis ha sido aún superior á las dos anteriores. El árbol crece en flor y en fruto. La concurrencia fue mucho mayor, y el discurso aún más riguroso, claro y elocuente.

Probó con argumentos á cual más notables, y sí-miles clarísimos y bellos, que la libertad que no es buena, esto es, que no incluye la rectitud moral, no responde á su naturaleza, ni á su origen, ni á su elevada y regia alcurnia; en una palabra, que es una libertad deficiente, que no es verdadera libertad.

Como el pararrayos, que por no observar las leyes de su constitución, en vez de favorecer perjudica á los edificios sobre que está levantado; como el barco que por no estar construido conforme á las leyes físicas se sumerge en vez de flotar, así la libertad que no incluye la rectitud moral, en vez de ser noble atributo del alma, manantial de vida y salvación para el hombre, conviértese en causa de su ruina, y en vergonzoso padrón de vilipendio y deshonra.

La conclusión de esta conferencia fué que la Iglesia no puede admitir las libertades modernas, según se consigna en la proposición 89 del *Syllabus*, porque no son libertades verdaderas, porque las rechazan de consuno la sana filosofía y la moral cristiana.

Esta conclusión—sea dicho en honor de la verdad—fué recibida del auditorio con muestras señaladísimas de aprobación y beneplácito. Conociendo el público, ¿qué mayor triunfo?

Provocada por un diario de provincias, se ha en-tablado discusión entre otros de Madrid sobre la creciente disminución de matrimonios.

El hecho no puede ser más grave y digno de atención; la disminución de matrimonios revela un mal profundo en la sociedad, una perturbación y malestar alarmantes, un vicio en su constitución que puede llegar á ser un abismo de perdición para muchos y de irreparable ruina para los pueblos. ¿Dónde está la causa de este mal gravísimo que mina en sus mismos cimientos la sociedad cristiana?

Unos la atribuyen á las exigencias crecientes de las mujeres, educadas más bien para lucir en el mundo que para desempeñar en el hogar doméstico la difícil y sublime misión de madres; otros lo achacan á la creciente corrupción de los hombres, más inclinados á gozar de la libertad funesta del celibato que á soportar con dignidad y valor los altos deberes de la paternidad cristiana.

Unos y otros llevan su parte de razón; pero el mal verdadero no está en los individuos, está en la sociedad misma, la cual ha encarecido de tal modo las necesidades de la vida, multiplicándolas hasta lo increíble, que el hombre honrado y la mujer fuerte se aterroran ante las contingencias del matrimonio y la inseguridad de los recursos para poder atenderlas. Añádase á esto que el positivismo reinante mata en las almas el sentimiento del sacrificio y de la abnegación, sin los cuales no puede subsistir el matrimonio cristiano, y se comprenderá la razón de ese mal funestísimo, compañero inseparable de la ruina de todos los pueblos.

En proporción que disminuyen los matrimonios aumentan las uniones ilegítimas, y con ellas la disolución de la familia y la corrupción de las nuevas generaciones, hijas del pecado.

Poco ven los que atribuyen todo el mal presente á los cambios de Gobierno y á las intrigas y conspiraciones de los partidos políticos; el mal es mayor

y más profundo, está en las entrañas de la sociedad, donde se ha inoculado y hace terribles estragos el virus de la Revolución, enemiga de Cristo.

Madrid se ha visto sorprendido estos días con el aborto de una conspiración republicana preparada por militares.

Es un achaque crónico de nuestro estado social: los servidores de la patria, instigados por su propio interés, sacrifican el bien general á sus caprichos y ambiciones, trafican con sus servicios y perturban á cada paso la sociedad con las agitaciones de sus pasiones turbulentas é insaciables.

También es frecuente ver repetirse en el mundo político la conducta de aquel mayordomo de que nos habla el Evangelio, el cual, acusado de haber disipado los bienes de su señor, fué despedido; pero antes de entregar la mayordomía fué repartiendo entre los extraños los bienes que quedaban, tanto para granjearse amigos con el dinero ajeno, como para vengarse de la justicia de su señor.

Es un comercio infame, hoy por desgracia en boga, el de los traficantes de la patria.

Hemos entrado en la primavera con un tiempo bonancible, favorable á la fertilidad de los campos. Quiera Dios que el rigor de los elementos no malogre nuestras esperanzas, y á las hermosas flores sucedan los copiosos frutos del verano.

NULEMA.

CRÓNICA

Los ingleses han obtenido una nueva victoria en el Sudán. En las inmediaciones de Suakím se encontraron las fuerzas que acaudilla el general Graham y las que manda Osmán-Digma, y después de un sangriento combate en el que perecieron miles de soldados, aquéllas lograron apoderarse del campamento de éstas.

En medio del fragor de la lucha los sudaneses lograron romper el cuadro de una de las brigadas inglesas y apoderarse de varios cañones. La victoria parecía sonreírles entonces; pero la caballería y la artillería del general Graham lograron cambiar el aspecto de las cosas. No hay para qué hacer constar que los adictos del Madhi se batieron como leones desesperados.

Por supuesto, ésta, como la anterior victoria de los ingleses, no ha logrado cambiar el aspecto de las cosas en el Sudán.

El Madhi tuvo muy buen cuidado de precaverse con tiempo anunciando á los suyos que antes de obtener el triunfo definitivo sobre los ingleses sus fuerzas serían derrotadas dos veces. Las dos derrotas están á la vista, y en este punto el profeta de Mahoma ha estado en lo cierto. ¿Triunfará al fin sobre los ingleses de un modo definitivo?

Con perdón sea dicho del Madhi y de Mahoma, la cosa parece cada vez más difícil. La verdad es que, según todas las noticias, los sudaneses no tienen las fuerzas que se creía que tenían, según los informes que publicaban los principales órganos de Londres, París y Viena.

Con arreglo á aquellas noticias, que aparecían comunicadas desde el corazón mismo del Sudán, se afirmaba que el Mahdi tenía á sus órdenes centenares de miles de soldados. Con arreglo á las noticias de los últimos combates, el máximo de fuerzas que ha tenido á sus órdenes Osmán-Digma para rechazar á los ingleses ha sido 12.000 hombres.

A pesar de las ventajas obtenidas por los soldados de la reina Victoria, los generales ingleses han publicado en Suakím una proclama concebida en estos precisos términos: «Yo, gobernador general civil y militar de Suakím, hago saber que quien entregue vivo ó muerto al rebelde, al asesino Osmán-Digma, que por sus maldades es causa de que la sangre de las tribus haya sido derramada en El-Teb y en Tamanich, recibirá una recompensa de 5.000 dollars.»

No es nuevo en el mundo este modo de hacer la guerra. Los ingleses, sin buscar otros ejemplos, lo emplearon muchas veces en sus discordias intestinas. ¿Pero no debe ser desterrado de las costumbres bélicas de las naciones civilizadas?

El Gabinete de la reina Victoria ha desaprobado esta proclama, y ha manifestado á los generales ingleses del Sudán el disgusto con que la ha visto.

¿Será la proclama de algún resultado práctico? Debe dudarse, dada la profunda adhesión de la

casi totalidad de la población del Sudán al Madhi y á su lugar teniente Osmán-Digma.

Mientras los ingleses por uno ú otro camino consolidan su dominación en Egipto, los franceses siguen avanzando en el Tonkín y apoderándose de nuevas posiciones y plazas fuertes, sin consideración alguna á las fuerzas y á las exigencias y reclamaciones del Celeste Imperio.

Dado el extremo á que han llegado las cosas, no se comprende fácilmente la política de la diplomacia china.

Se comprende que quisieran evitar los chinos una guerra con Francia si no se creían preparados para sostenerla; se comprende que trataran de detener con fieros y amenazas al ejército francés en sus primeros pasos; pero ¿puede comprenderse fácilmente que, siendo la guerra entre Francia y China un hecho, se empeñen en sostenerla de un modo anormal, como si pretendieran tirar la piedra y esconder la mano?

No es fácil explicarse la conducta del Gobierno de Pekín, á menos de que no sean falsos los datos que se han publicado acerca de sus fuerzas militares, terrestres y marítimas.

Según estos datos, cada soldado francés puesto en el Tonkín cuesta una suma considerable, mientras los chinos por muy poco dinero pueden llevar á dicha región verdaderas nubes de soldados. ¿Por qué no obran de una vez? ¿Es que olvidan que la indecisión en el obrar es la peor de las cualidades de un poder público cualquiera?

La guerra del Tonkín, que ha podido ser y puede ser todavía funestísima á Francia, puede resultarle ventajosa por las torpezas de los gobernantes chinos.

El Episcopado francés está dando pruebas en estos momentos de gran celo y asombrosa actividad.

En todas las diócesis se fundan escuelas primarias libres y se allegan considerables recursos para sostenerlas debidamente. La diócesis de Cambray es quizás en la que existen ya mayor número de escuelas libres abiertas al público. En ella dos terceras partes de la población escolar asiste á las escuelas católicas.

Para subvenir á todas las necesidades, los Obispos han fundado escuelas normales en las capitales de las diócesis. No se podrá obtener la dirección de ninguna de las escuelas libres sin tener, además del título oficial de maestro, un certificado de haber estudiado religión y moral en las escuelas normales fundadas por los Obispos.

También habrá de probar por medio de los correspondientes ejercicios, quien desee dirigir una escuela libre, que no profesa en las materias de la primera enseñanza ninguno de los errores que están de moda entre los profesores de las escuelas primarias oficiales de Francia.

En realidad, toda precaución es poca cuando se trata de evitar que el veneno de las malas doctrinas penetre en el corazón y en la inteligencia de los niños.

Al fin los grandes Imperios del Norte parecen decididos á emprender una campaña decisiva en todos los terrenos contra la propaganda socialista y anarquista.

El Gobierno de Austria ha tomado la iniciativa, adoptando en el interior toda suerte de medidas encaminadas á concluir con los indicados partidos revolucionarios. El Gabinete de Hungría ha secundado esta iniciativa, y en Buda-Pesth han sido presos ó expulsados todos los socialistas y anarquistas distinguidos.

En el exterior, el Gabinete de Viena ha dirigido una carta á la Cancillería de Berna pidiendo que sean expulsados de Suiza los que desde aquella tierra hospitalaria trabajan por alterar la paz de las naciones vecinas.

El Gabinete de San Petersburgo ha logrado esta vez coordinar su acción antirrevolucionaria con la acción de la Iglesia.

En el próximo Consistorio serán preconizados cinco Obispos para otras tantas diócesis de Rusia que carecen de Pastor, y los nuevos Prelados, así como los ya existentes, recibirán instrucciones de la Santa Sede para auxiliar á las autoridades civiles con su predicación y ejemplo en la lucha contra el espíritu revolucionario.

Además, la policía rusa es reorganizada poco á poco bajo una nueva base. No se admite en ella á ningún licenciado del ejército de quien no conste de un modo positivo que es profundamente religioso y adicto al Czar. Se necesita además para ser polizone haber demostrado extraordinario valor en accio-

nes de guerra, gran serenidad de espíritu y no ser conocido como aficionado á las bebidas espirituosas.

Todo aquel de quien se sepa que se ha emborrachado alguna vez, será expulsado inmediatamente de la policía.

Se cree que el Gabinete de San Petersburgo pedirá á Suiza la expulsión de Ginebra y de otros cantones de los emigrados rusos que desde allí fraguan complots que luego realizan en su patria.

En Alemania, el gran canciller ha ocupado su asiento en el Reichstag y ha defendido un proyecto de ley estableciendo seguros contra los accidentes que tan comunes son en la vida de los obreros. Según ha indicado en varias ocasiones, insiste en su sistema de persecución contra los socialistas, y al efecto presentará en breve un nuevo proyecto de ley prorrogando por algún tiempo la legislación excepcional vigente contra la propaganda revolucionaria.

A pesar de los deseos de Bismark, es difícil que logre salir con sus propósitos adelante. Se empeña en cortar las ramas y dejar en pie el tronco del árbol y en el suelo las raíces. Aun dado que lograra cortar todas las ramas, ¿quién duda de que muy poco habría adelantado para su objeto?

La cuestión de la *Propaganda Fide* sigue en pie. La prensa oficiosa de Viena ataca con grande energía la sentencia del tribunal de casación de Roma y trata con cierta frialdad y desvío al Gobierno del Quirinal. Casi la misma conducta sigue una parte de la prensa oficiosa de Berlín.

Quizás por esto varios periódicos liberales de Italia reconocen que la indicada sentencia ha sido una falta y que urge repararla. Un órgano oficioso de Roma dice que el medio de obtener este resultado es presentar á la aprobación de las Cámaras un proyecto de ley exceptuando los bienes de la *Propaganda* de la conversión.

Se ha indicado por algunos diarios católicos de París que varios Soberanos católicos han intervenido en favor de la *Propaganda* cerca el Gobierno del Quirinal. Pero hasta ahora no se sabe quiénes sean estos Soberanos, si bien se tiene por cosa cierta que uno de ellos es el emperador de Austria.

¿Se logrará que el Gobierno de Humberto de Saboya busque un medio de dejar á la *Propaganda* en la tranquila posesión de su patrimonio?

Difícil es predecirlo.

Mas el lenguaje de los periódicos liberales de Italia aludidos parece indicar que, por lo menos en el seno de aquel Gobierno, hay quien desea llegar á esta solución. ¡Quiera el cielo que sean esta vez oídos los votos de los católicos del mundo entero!

Antes de terminar este mes se celebrará en Roma un Consistorio, en el cual serán creados tres Cardenales: los señores arzobispos de Viena y de Nápoles, y el señor patriarca de Lisboa.

También serán preconizados cinco Obispos rusos, varios esclavos y alemanes, y dos españoles, los nuevos prelados de Santander y Oviedo.

En este Consistorio pronunciará el Padre Santo una alocución sobre los males y los triunfos de la Iglesia en el mundo, y singularmente sobre la situación tristísima á que se halla reducido el Catolicismo en Italia y el Vicario de Jesucristo en la Ciudad Eterna.

Se espera que esta alocución tendrá gran resonancia en todo el órbe católico.

D. ISERN.

CUESTIÓN DE NOMBRE

QUERA vez el yo satánico se agita en el negro fondo de mi tintero, se adhiere á los gaviñanes de mi pluma (porque bueno es que ustedes sepan que á pesar de mis años, y tal vez por causa de mis años, escribo con pluma de ganso) y forcejea por desprenderse y correr sobre el papel, como corren las liebres de la vanidad por el ancho campo de la ignorancia.

Y lo que es por esta vez no hay escape: no puedo prescindir de soltar la liebre, quiero decir, de hablar de mi propia persona.

Así, pues, resignense ustedes á echarme un galgo y á soportar mi plática (que hoy será breve), si no optan por volver la hoja y dejar en claro el artículo, que sería lo más razonable.

Porque, ya lo he dicho y lo repito: no puedo, y aunque pudiera no debería, renunciar á ocuparme de *mi mismo*, que es lo que á ustedes menos les importa.

Esta especie de exordio-logogrifo parecerá á ustedes menos turbio añadiéndole el jarro de agua fría que ha derramado sobre mi calva cabeza la Re-

dacción de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA en el número correspondiente al día 5 del actual, número que ha llegado á mis manos (como habrá llegado á las de ustedes) algunos días más tarde de lo que debiera, por razones que en la última columna del mismo se expresan.

Cuando leí las cuatro advertencias que ese mismo número contiene, acababa de revisar y devolver á la imprenta las pruebas del artículo *Roque erudito*, que han visto ustedes en el número correspondiente al día 15, y me era imposible recoger, para contestarla, la alusión que en la tercera de dichas advertencias se me hacía.

Por otra parte, mi situación era difícil, y tardé mucho tiempo en decidir qué línea de conducta debería adoptar en tan inesperado caso, que se presentaba á mi consideración bajo la forma de este vulgarísimo dilema: «si callais perdeis la vida, y si no callais también.»

Dejar pasar en silencio un párrafo en el que, á pretexto de dar una especie de satisfacción á varios suscritores, se me pone colorado (que bien pudiera ser el color de la *ropa de pascua*), y se me acumulan cargos que no merezco, y se me atribuyen hechos de que estoy inocente, y se me imputan méritos de que mi conciencia literaria no me remuerde, me parecía poco noble y sobradamente inmodesto.

Protestar contra esos piropos, por más que hoy estén de moda las *protestas*, y entablar un recurso de casación ante el tribunal de la opinión pública para alzarle del injusto fallo de la Redacción del periódico, me parecía también algo irrespetuoso y, sobre todo, me comprometía en una lucha harta desigual y me obligaba á *discutirme á mí mismo*, lo cual sería el colmo de la discusión.

Por último, después de muchas dudas y vacilaciones, me he decidido por el sistema moderno, que es el de *no decidirse á nada*, y resuelvo dejar correr la pluma siguiendo el giro de mis ideas y dejar que las ideas vayan saliendo como salen los diputados de las urnas ó como se sale el agua de un cántaro roto.

Digo que protesto de la *Advertencia* consabida, si bien estimo en mucho la intención que ha podido inspirarla y el sentimiento de cariñosa amistad que la ha dictado. Estas dos circunstancias atenuantes son para mí dignas de tenerse en cuenta.

Me hago también cargo de que los exagerados epítetos y los superlativos con que se me señala á la vindicta pública vienen á ser, tratándose de un viejo como yo, á manera de elogios póstumos que á nada comprometen.

Más todavía: no tengo inconveniente en creer que mis queridos compañeros, en su deseo de hacer algo más cómoda mi achacosa existencia, se han propuesto adjudicarme un modesto carruaje, y al efecto *me han puesto en berlina*.

Todo lo admito, todo lo disculpo y todo lo agradezco. Pero ahora vamos á cuentas.

No tengo reparo en creer que algunos suscritores (que seguramente no serán tantos como reza la *Advertencia*) hayan manifestado el deseo (¿qué apostamos á que no ha pasado de la categoría de curiosidad?) de conocer el nombre de pila de este su seguro servidor.

Esto me da á entender que las personas á quienes me refiero se han figurado que llevo un nombre postizo, que soy un Blas apócrifo, que no tengo derecho á llamarme así, y, por consiguiente, que debo llamarme de otra manera.

Yo bien querría llamarme Edelmiro, ó Arturo, ó Narciso, ó Serafín, ó cualquier otro nombre más eufónico que el de Blas; pero ¿qué le vamos á hacer? Si al menos, ya que se ha instituido el *matrimonio civil* y el *bautismo civil*, hubiéramos secularizado otro sacramento y tuviésemos la *confirmación civil*, aún podría aspirar á cambiarme el nombre. No hemos llegado todavía á ese grado de adelanto, y cada cual tenemos que apechugar con el nombre que nos pusieron nuestros padrinos.

Pero no quiero reñir por tan poca cosa como es un nombre propio, aunque algunos me le supongan ajeno.

Blas me llamo, para lo que gusten mandar los que se acuerdan del santo de mi nombre.

Como Blas figuro en los quince ó veinte padrones que la Administración exige cada año, para diversos fines, al vecindario de Madrid.

Blasillo me llamaban de chico mis compañeros de escuela.

Blas me llamaron después, hasta que crecí y engordé tanto que algunos dieron en llamarme *Blasón*, sin consideraciones á la heráldica y con menosprecio de la Gramática de la lengua.

Hoy me llaman *Don Blas*, no por mi abolengo nobiliario, sino por el triste privilegio de la vejez, ó porque hayan considerado las gentes que, ya que carezco de toda clase de dones, no me vendrá mal

en mis postrimerías ostentar el único *Don* que ni cuesta dinero al que le aplica, ni exige méritos ni virtudes en el que le lleva.

Creo que estas breves declaraciones bastarán para tranquilizar á los más escrupulosos en materia de árboles y arbustos genealógicos.

Sin embargo, si todavía se pone en duda la autenticidad de mi nombre, si no quieren ustedes llamar Blas al colaborador de esta revista, llámenle ustedes *Hache* y es lo mismo.

Le nom ne fait rien à la chose, dicen los franceses, y yo añado: *Pas même à la personne*.

El nombre es lo de ménos, y aun en ocasiones representa cualidades en abierta contradicción con las de la persona que lo lleva: así habrán ustedes conocido Benignos, Píos, Fructuosos, Leones, Angeles, Patricios, Constancias, Casta, Prudencias, etcétera, que llevan sus nombres con tanta propiedad como si tuvieran derecho á ello y aun sin pagar derechos de propiedad.

¡El nombre! Ni es nada, ni representa nada, ni sirve para nada, ni obliga á nada, lo mismo en las personas que en las cosas.

El mismo derecho tengo yo para llamarme *Blas* que mi vecino el diputado D. Clímaco tiene para llamarse *representante de la nación*.

Yo soy *Blas* porque sí; por la misma razón que es *comedia* «Las Vengadoras»; por la mismísima razón que mañana ú otro día se llamarán *Escuelas de costumbres* las mancebías.

Me llamo Blas porque éste es mi nombre, á la manera que se llaman Juan, Pedro y Diego muchos escritores distinguidos, que muy bien hubieran podido llamarse *Blases* si hubieran nacido, como yo, el día 3 de Febrero. Esto no tiene vuelta de hoja.

Mas supongamos que no fuese realmente Blas mi nombre de pila, y que yo, al venir á los campos y encrucijadas de la andante literatura, con la quiotesca pretensión de desfacer entuertos sociales y fustigar vicios y debilidades humanas, hubiese cambiado mi verdadero nombre por otro nombre de batalla.

No creo que en esto hubiese grave motivo de censura, ni que por tal exceso se me pudiese considerar como un ejemplar raro de la especie.

Conozco muchos campeones literarios, políticos y científicos que han ocultado en ocasiones su verdadero nombre y adoptado un seudónimo, un nombre de guerra.

Yo he visto Roldanes, Oliveros y Bayardos dramáticos descargar tajos y mandobles sobre una producción teatral extranjera, desarzonarla y vencerla, arrastrarla desfigurada y maltrecha á los pies del público (que es la dama de sus pensamientos), y cuando ha sonado el aplauso popular, en vez de presentarse el paladín con su verdadero nombre de *traductor* ó *arreglador* de la obra, títulos pretenciosos y altisonantes, ha dicho con ruborosa modestia: «No me llamo más que *autor*».

Podría multiplicar los ejemplos de esta clase para disculpar mi cambio de nombre, si diésemos en suponer que no soy más que un Blas mistificado, un Blas nominal.

Con que así, echemos pelillos á la mar, como suele decirse; déjenme llevar mi nombre de pila, con el cual me conocen mis bondadosos y tolerantes lectores, sin añadirle apellidos ni mote que le desnaturalicen. Con eso podremos dar un bromazo mayúsculo á la posteridad, que se devanará los sesos para inquirir de qué casta de *blases* podía proceder este

BLAS.

LOS GRABADOS

EMMO. CARDENAL LUIS BILIO

† en Roma el 8 de Febrero último.

El Sacro Colegio ha perdido uno de sus más ilustres miembros, de los más jóvenes y de los más distinguidos, el cardenal Bilio, obispo de Sabina.

Había nacido este insigne Prelado en Cremona el 21 de Marzo de 1826. A los catorce años entró en la casa de los clérigos regulares de San Pablo, llamados Bernabitas, y fué el discípulo predilecto del célebre P. Vercellone. Dedicado desde muy joven á la enseñanza en los conventos de su Orden en Parma, en Nápoles y en Roma, se dió á conocer por sus grandes talentos y su instrucción vastísima en las letras griegas y latinas, en la Filosofía y en el Derecho natural. Pío IX le creó Cardenal el 27 de Junio de 1866, apenas cumplidos los cuarenta años de edad.

El cardenal Bilio presidió en el Concilio Vaticano la Comisión del dogma, trabajando mucho en las proposiciones y debates relativos á la declaración dogmática de la infalibilidad pontificia.

Pío XI, que le tenía en grande estima, le confió la redacción del *Syllabus*, que constituye su mayor gloria.

En el Cónclave de Febrero de 1878 obtuvo algunos votos; pero declaró que, si llegaba á ser elegido, no aceptaría el grave peso del Pontificado, para el que en su gran humildad se juzgaba indigno. El cardenal Bilio era uno de los

consejeros íntimos de León XIII, quien pagaba tributo á los vastos conocimientos filosóficos, teológicos y jurídicos de este purpurado, á quien los romanos consideraban como el llamado á suceder al actual Pontífice. El Cardenal había conservado la vida austera y las piadosas costumbres del religioso.

Su muerte ha sido muy llorada en Roma. — R. I. P.

RECUERDOS DE ANDALUCÍA

6. — *Hondonada de Sierra Morena*. — Ninguna más famosa en España que la Sierra Morena, la cual ciñe á Andalucía por la parte septentrional de E. á O. con alguna inclinación al SO. Es desde los tiempos más remotos teatro de las fechorías de los bandoleros, que se guarecen en sus profundos valles y revueltas encrucijadas, la cual la hizo en épocas de guerras baluarte poderoso para las guerrillas españolas.

El grabado representa una de sus solitarias hondonadas, como si dijéramos uno de sus senos más profundos, escenario de dramas de bandolerismo, tan repetidos en todos los tiempos.

7. — *Turista inglés*. — Los ingleses, tan excéntricos como aficionados á viajes pintorescos, son muy apasionados por nuestras provincias andaluzas, donde encuentran paisajes llenos de luz y gentes llenas de alegría, que contrastan con sus islas nebulosas y su temperamento aburrido y linfático. El dibujante ha retratado el tipo de estos turistas, que chocan por la rigidez de sus formas y por la atención que ponen en las cosas más insignificantes que les salen al paso. Raro es el inglés que no se lleva á su país un traje de torero como trofeo de sus aventuras andaluzas.

8. — *Torre de San Nicolás en Córdoba*. — Cerca de la plaza del Gran Capitán se ve destacarse esta torre, que, sin ser de gran mérito artístico, tiene un origen pintoresco y da carácter á la antigua capital del Califato de Occidente.

9. — *Campos del Guadalete en Jerez*. — Este río, que no es nada caudaloso, tiene, sin embargo, la universal nombradía que le da la historia, por haber perecido en sus márgenes la España visigoda al filo de las armas agarenas. El apunte de Mestres se refiere al sitio probable de la gran batalla, no lejos de Jerez, campo fertilísimo, bañado por los rayos de espléndido sol, donde se crían las ricas uvas que producen el vino jerezano, de tanto crédito en las buenas mesas de Europa.

COSTUMBRES VENECIANAS. — LA PARTIDA DE VIAJE

Poca explicación exige este grabado, reproducción exacta de un cuadro que lo es á su vez de una escena veneciana. Nada más bello y pintoresco que un canal de Venecia, cuando, agrupadas las góndolas á la puerta de un palacio, van sucesivamente recibiendo á sus señores, que parecen ufanarse aún con las antiguas glorias de la reina del Adriático. En la escena presente se pinta la partida de viaje con la poesía que presta á la escena, siempre tierna, el conjunto de los accidentes locales. El que haya estado en Venecia, verá reproducidas en este cuadro sus impresiones de viaje; el que no haya gozado ese placer, puede columbrarle en el presente grabado.

JUAN DE MORA,

Célebre arquitecto del siglo XVII.

Fué Juan Gómez de Mora hijo del pintor Juan Gómez, y sobrino, por su madre, de Francisco de Mora. Con este célebre artista se educó, habiendo recibido de él la alta protección del estudio sólido y de las buenas relaciones en la corte. Cuando murió el tío en 1610 fué nombrado para sucederle en el cargo de real arquitecto, cargo que desempeñó toda su vida. No consta la fecha de su nacimiento, pero debió ser hacia el año de 1590. Murió en 1647. Hé aquí la lista de algunas de sus principales obras:

Convento de la Encarnación en Madrid, 1611-1616.

Convento de San Gil. Fué destruido en la guerra de la Independencia.

Plaza Mayor de Madrid, 1617-1619.

Una parte del antiguo Alcázar.

Torre y casas del Campillo en el Escorial, 1621.

Casa de Caballeros en Aranjuez.

Un proyecto de catedral para Madrid, 1624.

Iglesia y Colegio de la Compañía en Salamanca, 1617.

Colegio del Rey en Salamanca, 1625.

Portada de la iglesia de Rentería, 1625.

Además de estas obras se le atribuyen otras muchas, y hace poco hemos sabido que fué el arquitecto del convento de San José en Avila y de otras fundaciones de Santa Teresa. Juan Gómez de Mora fué uno de nuestros más ilustres arquitectos, habiendo sido en su tiempo objeto de general estimación, y particularmente de los reyes. Se cita como prueba de su favor el hecho de haber usado coche, circunstancia en aquellos días muy notable, y el Rey le daba cochera en la casa del Tesoro. Juan de Mora no construyó ningún teatro, ninguna plaza de toros, ni cuarteles ni cárceles.

Se ejerció principalmente en levantar escuelas, conventos é iglesias. Este dato debe apreciarse para comparar la cultura antigua con la moderna.

ELOGIO

DE SAN PEDRO GONZÁLEZ TELMO ¹

*Mundum horrens abigit,
ob id opes refugit
rerum percuntium.*

Difícil empeño, árdua tarea escribir el elogio de un varón señalado por su saber y sus heroicas virtudes.

¹ Premiado en los Juegos florales de Pontevedra.

tudes, que viene al mundo en los postreros días del siglo XII, y vive en santa peregrinación en los comienzos del XIII.

Siglos de prueba son estos aun para el ánimo más bien templado y valeroso; porque, preocupados los hombres con el solo pensamiento de arrojar de España al musulmán, que en desgraciada hora había pisado arrogante sus fértiles y hermosos campos, cuidábanse poco de conservar la memoria de los humildes y piadosos héroes que en tan general pelea eran modelo de caridad y de sublime abnegación, tanto más digna de admirarse cuanto mayor era el desorden y el desenfreno que reinaba en nuestra patria.

No eran sólo los extraños y comunes enemigos los únicos que absorbían la atención del pueblo español, sino también ¡triste es decirlo! los padres y los hijos, los hermanos, y los que vivían en un mismo país como naturales de él hacíanse entre sí guerra sangrienta, y hasta cruel en no pocas ocasiones, disputándose la posesión de una pobre villa, reducido castillo ó pequeño reino.

En medio de este cielo tan oscuro brillaba una luz que no se ocultaba nunca, y cuyo brillo era norte y guía de aquellos incansables guerreros.

La fe cristiana, arma inseparable de todo caballero, era esa luz que la Providencia mantenía siempre viva en sus corazones de acero.

¿Qué fuera de España, cuál la suerte de esta codiciada tierra si nos imaginamos por un momento extinguida la fe en sus hijos?

Luto, desolación y ruínas, y, andando el tiempo, dueña y señora la Media Luna de toda la Península española; los hechos elocuentemente lo pregonan, y la historia de aquella edad nos lo revela en sus páginas.

Mas si la fe era manantial inagotable para sostener la lucha contra el poder musulmán y dar á nuestras armas la victoria, las costumbres cristianas estaban en verdad harto olvidadas y los santos preceptos del Evangelio, ó torcidamente interpretados, ó mal entendidos por los mismos que tenían el deber del deber de practicarlos y el derecho de enseñarlos.

Eran aquellos tiempos de lastimosa confusión de sentimientos: al lado de profundas creencias, mezcladas á veces con prácticas supersticiosas, veíanse las pasiones en toda su ruín y baja expresión; entre los actos más grandes y generosos confundíase la traición y la alevosía más descarada, la ambición sin freno, la prodigalidad sin límites; los mismos héroes, nobles y valerosos hasta la temeridad, tenían en ocasiones momentos de incalificable crueldad.

No pretendemos aumentar el número de los que llevan á la exageración la triste pintura del estado de las costumbres de aquella edad, denigrándola y rebajándola con hechos no probados y colores sombríos; porque, no bien estudiada todavía, los juicios y consideraciones que sobre ella puedan hacerse pecarían á lo menos de ligeros é infundados. Confesaremos, sin embargo, que en aquellas costumbres hay mucho de contradictorio é inverosímil; y si la fe aparece siempre viva, las pasiones no lo están menos, y la violencia con que se manifiestan tiene en verdad bien poco de aquel espíritu cristiano que alienta sus empresas. La infancia de los pueblos asemejase á la de los individuos: hay en ella sinrazones, caprichos, veleidades, y faltas de previsión y de conocimientos claros de su destino.

Por eso la Providencia, velando por la suerte de las naciones, envía en períodos determinados nuevos apóstoles para recordar la pureza de la doctrina evangélica olvidada y oscurecida.

Pedro González Telmo es uno de estos enviados en la época que vamos á estudiar: tal ha sido la elevada misión que en buena hora le cupo desempeñar.

Así es que, cuando por primera vez leí el programa de este *Certamen literario* que tanto honra á Pontevedra, la tierra bendecida por la mano de Dios, me fijé desde luego en el tema que tenía por objeto el *Elogio en prosa de San Pedro González Telmo*.

En tiempos pasados había yo leído con dulcísimo encanto las Memorias de este piadoso varón, y por gratitud, su nombre era para mí, hijo de Galicia, muy querido y respetado: sólo recordaba de él, sin embargo, que viviera entre nosotros, como predicador infatigable de la moral evangélica, en un período de continuas revueltas, y que sus restos venerandos estaban religiosamente conservados y honrados en una de nuestras más antiguas basílicas, donde se tributaba el debido culto á sus heroicas virtudes.

Esto era todo cuanto yo sabía de Pedro González Telmo cuando llegó á mis manos el programa del Certamen.

Imaginé, tal vez locamente, que la afición y buena voluntad hacia el Santo que pretendía elogiar me facilitaría el camino y daría alientos para tomar parte en tan honrosa lid literaria.

Con tan débiles fundamentos dediquéme á estudiar su laboriosa vida; y cada vez más admirado de sus méritos, y convencido de la altísima misión que vino á desempeñar en nuestra querida patria, Galicia, creció en mí el deseo de consagrarle mis limitadas fuerzas, alentado por la grandeza y esplendor de aquellos méritos, puesto que ellos por sí solos son bastantes para hacer interesante y dar valor á cualquier trabajo, aun cuando la pluma que en esto se ocupe sea la más humilde y llana.

I

Santo Domingo de Guzmán (1201), San Francisco de Asís (1214) y San Pedro Nolasco y San Raimundo de Peñafort (1218 á 1228), varones esclarecidos y dominados del más ardiente y elevado espíritu cristiano, aparecen como estrellas refulgentes que vienen á disipar las densas tinieblas que cubrían el suelo patrio.

Los principios eternos de justicia y la pureza de la religión santa por cuyo nombre peleaban aquellos guerreros incansables, estaban oscurecidos y olvidados, y gemían los pueblos, agobiados con gabelas sin número, en triste servidumbre y por crueles tiranías. ¡Qué noble misión no desempeñaron en aquella edad tan egregios fundadores!

Hijo de tierra de Castilla el uno, y de ilustre cuna, siembra en medio de los pueblos, poco dispuestos á oír su dulce y elocuente palabra, las eternas verdades que tenían ya olvidadas, condenando al propio tiempo la mala dirección de sus costumbres, y sustentando y defendiendo la pureza de la fe, que se veía amenazada en aquella época por los errores de los albigenses, en su patria y en su país funda el primer convento de su Orden ¹. Abandonando las hermosas campiñas de Italia viene el otro á España, vestido de pobre sayal y con los pies desnudos, predicando humildad y caridad, austeridad y penitencia, y fundando del mismo modo asilos de piedad y de oración donde pudieran retirarse tantas almas atribuladas por los males de la patria, los desengaños del mundo, las penas del corazón ó los temores de la eternidad.

Raimundo de Peñafort y Pedro Nolasco instituyen, animados por igual pensamiento y apoyados por D. Jaime el Conquistador, la esclarecida Orden de la Merced, poniendo en práctica el consejo evangélico de renunciar á la propia libertad, hasta la misma vida, por sus semejantes. ¡Ejemplo admirable de la grandeza de nuestra religión, último rasgo del heroísmo cristiano, como dice un erudito escritor ², y oportunísimo pensamiento en aquellos días en los que tantos hijos de la entonces infortunada España gemían entre los hierros del musulmán, todavía señor y dueño de mucha parte de aquel territorio!

En los diversos estados en que se dividía la Península habían aparecido en aquella época obreros evangélicos, que, como acabamos de ver, salvaban á la vez que la fe cristiana, harto comprometida en medio de tan ardientes y encontradas pasiones, los derechos de la humanidad, perdidos en aquella confusión de ideas.

Galicia, antiguo reino, unido á León en tiempos de Ordoño II ³ (914); reducido á condado en el de Doña Urraca, al contraer matrimonio con Don Ramón de Borgoña (1100-1107), en el que sucedió su hijo Don Alfonso, ungido y jurado después rey de Galicia; y, por último, formando parte del de León, hallábase en la época que analizamos bien necesitado de santos ejemplos y buena doctrina.

Cierto que Santo Domingo y San Francisco habían recorrido esta comarca, fundando al mismo tiempo los conventos de sus respectivas Ordenes en Santiago de Compostela ⁴, que fueron como la cuna y origen de los muchos que después se edifi-

¹ El primer convento que fundó en España Santo Domingo de Guzmán, de que se tiene noticia, fué el de Segovia. — *Historia eclesiástica de España* por D. Vicente de Lafuente, pág. 277, pár. CC, vol. II, edición de la librería religiosa, 1855.

² D. V. de Lafuente, obra citada.

³ A la muerte de D. García (hijo de Alfonso III, llamado el Magno), que murió sin sucesión, entró á reinar su hermano Ordoño, que gobernaba en Galicia: de aquí la reincorporación de las dos coronas. Véase Mariana, pág. 140, vol. V., edición de Sabán y Blanco, 1818. Don Modesto Lafuente, pág. 236, vol. I, última edición de Barcelona, 1879. — Cabanilles, *Historia de España*.

⁴ Dicen algunos cronistas que la fundación del convento de Santo Domingo de Santiago tuvo lugar en el año de 1230; pero en el tomo de dicho convento, que hemos visto, después de señalar la venida del Santo Patriarca á la referida ciudad compostelana en 1219, se lee: "Que partiendo á Italia el Santo, dejó religiosos que prosiguieron con la obra de la nueva fundación del convento, que, según refieren los papeles arriba referidos (se habla de papeles antiguos del archivo), fué el año de 1220, y desde sus principios fueron patronos los señores condes de Altamira."



caron en el suelo gallego, y de donde salieron tantos varones insignes en virtud y en saber; pero fué muy breve su estancia en nuestro país, y no sería duradero el fruto de sus predicaciones y ejemplo si no hubiesen dejado obreros dignos de continuar la santa misión que el cielo les había encomendado.

Entre estos obreros figura en primer lugar Pedro González Telmo, apóstol infatigable y celoso, y á quien de justicia deben los gallegos el más cumplido elogio por el grande amor que les tuvo, empleando lo mejor de sus años en recorrer esta tierra, dedicándose con paternal solicitud al bien de sus almas y al mejoramiento del país, quebrantado por tantos desastres como sobre él habían venido en años pasados.

II

Nació este ilustre hijo de la Orden de Santo Domingo en la villa de Fromista¹, obispado de Palencia, el año de 1185, de familia distinguida y antigua en el país, contando entre sus deudos más próximos al canónigo de aquella ciudad, Don Tello², que después fué Obispo en la misma diócesis.

La viveza de su ingenio y lo precoz de su entendimiento movieron al canónigo su pariente á tenerle á su lado para seguir los estudios en las aulas, que entonces acababan de abrirse, en la naciente Universidad palentina³. Poco más de diez y seis años debía contar el joven alumno cuando dió principio á los estudios allí donde hacía poco terminaran su carrera San Julian, obispo de Cuenca, y Santo Domingo de Guzmán (1184).

Presto brilló su ingenio preclaro entre los alumnos más aventajados, sobresaliendo en las artes liberales y llegando á tener fama de erudito entre sus contemporáneos⁴; tenía también de virtuoso y ejemplar en sus costumbres, todo lo cual, reunido, fué causa de que aún muy joven obtuviese en aquella catedral una canongía. Elevado á la silla episcopal Don Tello (? 1209?), y estando vacante entonces el deanato en la misma iglesia de Palencia, presentóle como el más á propósito por sus méritos para aquella dignidad (1219).

Los aplausos que de todas partes recibía por su talento é instrucción, no común en aquellos tiempos, los bienes de fortuna que reunían sus padres, y más que nada su poca edad, lograron desvanecerle por un momento, despertando en aquel mancebo un amor exagerado al fausto, al lujo y á la vanidad, que se apoderó de su corazón.

Era por el mes de Diciembre cuando de Roma recibió el nombramiento de deán; se acercaba la fiesta de la Natividad del Señor, y señaló este día para celebrar mejor el nuevo cargo con que había sido honrado, satisfaciendo así sus vanos pensamientos. Vistiéndose con las más preciosas galas que pudo inventar su fantasía *pretiosis indutus vestibis*; montó un brioso caballo ricamente enjaezado, y encaminóse así, de tan extraña manera, por las calles de Palencia.

El piafar de su corcel, hiriendo con sus robustos cascos el pavimento de las plazas y calles, atraía á las gentes á los balcones, y más de una dama recatada le miraba curiosa por entre el estrecho enrejado.

¹ Al infatigable y erudito P. Florez debemos las mejores y más exactas noticias referentes al nacimiento y vida de San Pedro González Telmo. En el tomo XXIII de la *España Sagrada* publicó por apéndice, con el número 5.º, la *Leyenda* del Santo que se conservaba en la iglesia de Tuy, documento que le sirvió de base para la vida que inserta en las páginas 130-177, que viene á ser un extracto bastante extenso y añadido de curiosas noticias.

Con la publicación de este precioso *Leyendario* se corrigieron y enmendaron algunos errores sobre su vida, con especialidad en las fechas de su nacimiento y muerte, en que habían incurrido el cronista de la Orden, Fray Esteban Sampayo, los Bolandistas y el diccionario de Moreri, pues estos escritores no hicieron más que copiarse unos á otros.

Nosotros llevamos por guía de este elogio el ya citado *Leyendario*, puesto que es el único documento de importancia que poseemos relativo á San Telmo, y que merece entero crédito respecto á su autenticidad, una vez que hasta el presente no se ha puesto en duda y lleva además la garantía del reputado crítico que le insertó en su obra monumental. *Fromista* es en la actualidad una villa de 280 vecinos en la provincia de Palencia, á cinco leguas de la capital y á tres de Carrión de los Condes.

² Era este Prelado de los más ilustrados de su época; estuvo en la batalla de las Navas y asistió también en sus últimos momentos á Don Alfonso VIII, fallecido en 1214. Véase D. Rodrigo de Toledo y D. Lucas de Tuy.

³ Fué la primera Universidad fundada en España por Alfonso VIII en 1209. Hé aquí lo que dice la Crónica general respecto á este particular: "Este Rey envió por todas las tierras por maestros de todas artes, é fizo escuelas en Palencia muy buenas é muy ricas, é dábales soldadas cumplidamente á los maestros, porque los que quisiesen aprender non los dejasen por mengua de maestros."

⁴ *Liberatum artium studiis decenter eruditus, velut alter Salomon...* etc. *Legenda B. Petri*, Apéndice. *España Sagrada*, tomo citado.

do de sus celosías; los que por allí transitaban parábanse admirados y sorprendidos, y conociéndole todos por su posición y estado, no se daban cuenta del suceso. El caminaba más engreído y loco de entusiasmo, y tan fuera de camino en sus pensamientos de vanidad, que á la vista de sus admiradores quiso demostrar mejor su destreza y habilidad en el manejo del caballo, y *buscándole*, apurólo un poco; conociendo éste la intención del amo, volvióse arrogante y erguido, y sacudiendo su rizada crin, manejando con galanura sus delicados *remos* y corbeteando á veces, hacía más saliente la figura del mozo González; pero esto mismo le perdió. Había en una de las calles por donde pasaba en aquella hora inundo lodazal; intentó saltarlo el caballo, fuéle una de las manos, y ardoroso como iba, y mal contenido y gobernado, dió en tierra con el ginete, el cual, rodando, vino á parar en lo más sucio del charco.

Levantóse al punto; miró á uno y otro lado, encontrándose con las risas y burlas de los que del caso fueran testigos; vió en qué habían venido á parar sus galas, y sintióse apesadado en lo más íntimo de su alma; de pronto súbita inspiración acude á su mente, y como otro Saulo en el camino de Damasco, volvió sus ojos al cielo preguntando: *¿Que haré, Señor?*

Y el Señor, que en aquel momento le había alumbrado con su gracia, le dice: "Vete á la puerta del convento de Predicadores, y toma allí el hábito de la Orden que acaba de fundar en tu ciudad mi siervo Domingo de Guzmán."

No vaciló un momento en poner por obra aquella santa inspiración, y en la soledad del claustro lloró por mucho tiempo su momentáneo é impremeditado desvarío, desprendiéndose por completo de las riquezas y dignidades que tanto le habían envenecido, trocándolas por la humildad y la pobreza.

La penitencia fortaleció su espíritu y le encaminó á la contemplación de las obras de Dios, así como el estudio de las ciencias sagradas, á que se entregó con perseverancia, enriqueció su inteligencia.

Aquellos claustros donde acaba de encerrarse el muy ilustre deán de Palencia todavía conservaban el puro aroma que había dejado allí con sus virtudes su fundador Domingo de Guzmán, y su ejemplo y doctrina parecían retratarse en los religiosos que poblaban aquella santa casa.

Todo respondía á las aspiraciones del novicio González Telmo: su alma candorosa, su corazón vivo y sensible á lo grande y elevado, halló en aquel retiro cuanto ambicionaba para sus santos fines.

Desde aquel humilde retiro pudo conocer y estudiar el estado de las costumbres y las tendencias y manera de ser de la sociedad en que había vivido, y comprendió cuán necesario era reformarlas y sobreponerse á las preocupaciones y á la fuerza de los acontecimientos, que arrastraban así á los grandes como á los pequeños por caminos extraviados y fuera del orden verdaderamente cristiano.

Dió gracias al cielo por el señalado favor con que le había distinguido, y solicitó, contrito y fervoroso, la continua asistencia de aquellos dones, y la fortaleza necesaria para pelear en combates tan desiguales como tenía que sostener entre hombres endurecidos por las fatigas de la guerra y de rudo entendimiento. Preparóse para esta lucha con la oración continua y el estudio; y obedeciendo á la orden de sus superiores, comenzó, poco después de su solemne profesión, á ejercer su ministerio, predicando y confesando en Palencia y su comarca.

Pronto conocieron todos, tanto los superiores como el pueblo, que le escuchaba conmovido, que el antiguo deán se había trocado en religioso ejemplar, modelo de humildad, de virtud y de caridad, cuyas palabras de fuego, penetrando en sus corazones, les encaminaban al bien, á la piedad y al amor de sus semejantes.

No se limitaba sólo á reformar las costumbres la noble empresa de González Telmo: tenía también que combatir la herejía de los albigenses, valdenses é insabattatos, que viniendo del Languedoc y Provenza, comenzaban á difundir sus errores por Cataluña, Aragón y otros puntos de la Península. De aquí la necesidad de emplear toda su energía, su saber y piadosa actividad en oponerse á la extensión de tan peligrosas novedades en el suelo español.

Los momentos eran críticos, y los enemigos que amenazaban destruir la fe católica, poderosos y de muy diversa índole, tenían á su favor grandes elementos: de una parte, la relajación de las costumbres de los cristianos y las guerras intestinas; de la otra, los moros, y lo que era todavía más grave, las alianzas españolas con los hijos del islamismo, llegando algunos, como el rey de Navarra, á dirigirse al suelo africano con el objeto de alistarse en las huestes del común enemigo¹.

¹ Sancho el Fuerte de Navarra (1199) se trasladó al África, con el objeto de auxiliar al emperador Yacub-ben-

Tarea superior era ésta para lo limitado de las fuerzas humanas; y por más que nuestro héroe reunía las condiciones de un varón esforzado y verdaderamente apostólico, fortaleciendo á los débiles y alentando á los valerosos, escaso hubiera sido el fruto de su santa obra de regeneración si la Providencia no viniese á auxiliarle con los poderosos medios de que dispone siempre, concediéndole la gracia sobrenatural con que suele distinguir á sus elegidos.

Tantos y tan repetidos milagros como se cuentan, lo mismo de San Pedro González Telmo que de sus contemporáneos Santo Domingo de Guzmán, San Francisco de Asís y San Antonio de Pádua († 1231), tienen en nuestro sentir fácil explicación recordando las circunstancias que arriba acabamos de indicar.

Apasionados los ánimos, tenaces y duros los corazones, reinando la ignorancia en el mayor número, no era hacedero reducirlos al buen camino y desviarlos de la perniciosa senda que seguían si no se les hacía ver palpablemente la intervención del cielo en la propagación de su doctrina.

Sin que nosotros admitamos más milagros que los que la Iglesia reconoce solemnemente como tales, creemos que los que se les atribuyen no fueron, no, invención de la fantasía de gentes sencillas é ignorantes, sino una cariñosa disposición de la Providencia que, en su inmenso amor por todas las criaturas, no podía permitir viviesen así tantas almas fuera del camino de la verdad.

El pueblo, lo mismo que los reyes y los caudillos, en su gran mayoría tenían muy falsa idea del sentimiento moral, como eran erróneos los criterios con que formaban sus juicios, el uno por el estado de servidumbre en que había vivido en los siglos anteriores á la época que examinamos¹, los otros ensoberbecidos con la fuerza y el poder que le daban su posición y conquistas. Este estado de los ánimos no era el más á propósito para que germinalase en sus corazones la doctrina evangélica, de la fraternidad, el perdón de las injurias y el desprendimiento de los bienes terrenos, y conociesen los encantos de la paz y del amor de Dios; ¿qué extraño, pues, que la predicación de estos santos varones y las victorias mismas conseguidas por los nuestros contra los moros fuesen señaladas con extraordinarios sucesos, tenidos en concepto de todos, soldados y caudillos, como milagrosos? Así nos explicamos la capa incombustible de Pedro González, en el milagro repetido de la mujer que solicitaba los favores del Santo, que vemos en la *Legenda*², y la asistencia del Apóstol Santiago en la batalla de Guadalete (1233), y tantas otras apariciones y extraordinarios sucesos de que están llenas las antiguas crónicas.

Entendimientos los de aquella edad poco dispuestos para conocer la verdad por medio de la razón y del análisis, sólo podían comprenderla seguida de lo inusitado ó maravilloso. Sin embargo, sea de esto lo que quiera, es un hecho constante en nuestra historia que la religión católica era con todos sus dogmas una verdad tan evidente, en medio de aquel general desconcierto, como el sol que alumbraba sus campos de batalla; lo contrario era para ellos aberración tan inconcebible, tan impropia de la naturaleza humana, que todos los demás hombres que pensaban de otro modo no podían ser sino espíritus maléficos vestidos con nuestra carne. Aquellos ejércitos de musulmanes que en tan gran número solían atacarlos, no les intimidaban: mirábanlos, la inmensa mayoría de los peones cristianos, como genios del mal, contra los cuales, además de sus escudos y sus lanzas, tenían la cruz que se ostentaba en sus banderas al frente de la hueste, y por encima de todo á Dios, que peleaba por ellos. De esta manera se comprende el que un reducido pelotón de soldados españoles acometiese á cientos de moros en desproporción tal que, á no tener en cuenta aquellas circunstancias, parece increíble que éstos fuesen los vencidos y derrotados, como así lo aseguran los historiadores contemporáneos á los sucesos.

RAMÓN SEGADES Y CAMPOAMOR.

(Continuará.)

Yussuf en las guerras que entre sí tenían los árabes, peleando al lado de Mohammed-ben-Yussuf, hijo de aquel Emperador. — Lafuente, *Historia de España* ya citada, página 366.

¹ Sabido es que en los principios del siglo XIII, ya el pueblo comenzó á disfrutar de alguna más libertad, considerándose á los colonos como libres; fueron también creciendo en importancia los municipios y formándose los consejos. "Las ideas civilizadoras de la religión cristiana contribuyeron poderosamente á este saludable cambio." Muñoz Romero, *Colección de los fueros municipales*. — Herculano, *Historia de Portugal*, pág. 307, lib. VII, vol. 3.º Edición de Lisboa, 1858.

² "Miraculum, qualiter nec vestis ejus ab igne comburi potuit. *Legenda B. Petri*, pág. 252.

LÁGRIMAS

QUE VIERTE UN ALMA ARREPENTIDA

Ahora, Señor, ahora
Que ya este humano edificio
En el polvo de su fin
Se reduce á su principio;

Ahora que, descompuesto
Este vital artificio
Que un suspiro gobernó,
Le va faltando un suspiro;

Ahora que á mis alientos
Está el número cumplido,
Pues sin esperanza de otro
Respiro este que respiro;

Ahora que, rebelados
Mis potencias y sentidos,
Son, parciales de mi muerte,
Mis mayores enemigos;

Ahora que al desatarse
Esta lazada que hizo

La naturaleza, el alma
Está pendiente de un hilo;

Ahora que el pulso débil,
Torpe la voz, yerto el brío,
En parosismos se emboza
El último parosismo:

Es tiempo, Señor, es tiempo
De conocer los amigos,
Pues el amigo mayor
Se ve en el mayor peligro.

¡Oh cuánto el nacer, oh cuánto
Al morir es parecido,
Pues, si nacemos llorando,
También llorando morimos!

Un gemido la primera
Salva fué que al mundo hicimos,
Y el último vale que
Le hacemos es un gemido.

Entre cuna y ataúd
Sólo esta distancia ha habido,
Hacia la tierra ó el cielo
Arrojarnos ó admitirnos.

¿Vive el hombre ó muere el hombre?
Pues que ninguno ha sabido
Si vive ó muere, porque
Todo se hace de un camino.

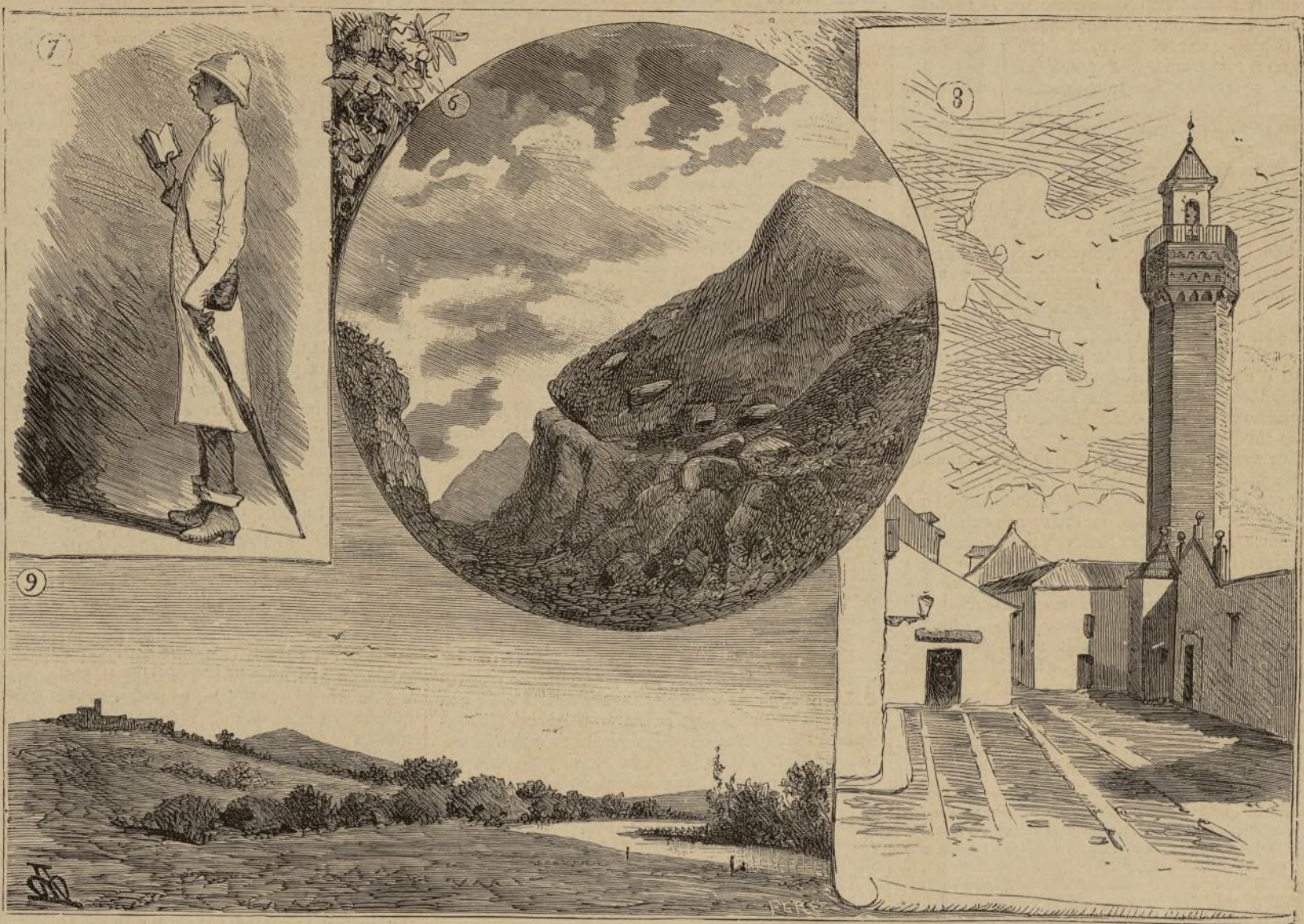
¿Qué más ejemplo que yo,
A este letargo rendido,
Pues vivo al tiempo que muero,
Y muero al tiempo que vivo?

Pero si para morir
No há menester más deliquio
Ni más crítico accidente
El hombre que haber nacido,

¡Oh felice yo, felice
Que morir he merecido
En vuestra fe, recibiendo
Tantos mortales avisos!

Y aunque es preciso el morir,
Con lo que os pago os obligo,
Pues, resignado en Vos, hago
Voluntario lo preciso.

No justiciero cerreis
A mis voces los oídos,



RECUERDOS DE ANDALUCÍA.

6. Hondonada de Sierra Morena. — 7. Turista inglés. — 8. Torre de San Nicolás en Córdoba. — 9. Campos del Guadalquivir en Jerez.

Sino, misericordioso,
Atended al llanto mío.

Justicia y misericordia
Dos atributos son dignos,
Que uno y otro en Vos están
Igualados, no excedidos:

Pues ¿por qué habeis de mostrarnos
Riguroso y no benigno,
Siendo rigor y piedad
En Vos, Señor, uno mismo?

El castigo y el perdón
Una cosa os han tenido:
Pues echad antes la mano
Al perdón, que no al castigo.

Que, puesto que Vos morís
Para que yo viva, indigno
Será, Señor, que un Dios muerto
No salve á un pecador vivo.

¿Indigno dije? ¡Ah, Señor!
No supe cómo decirlo
Al verlo en Vos intentado,
Sin verlo en mí conseguido.

Mas ¡ay de mí! que Vos siempre
Salvarme habeis pretendido;
Pero aunque sin mí me hicisteis,
Me habeis de salvar conmigo.

Mi Redentor sois, Señor;
Que aunque el hebreo atrevido
Pudo quitaros la vida,
No pudo nunca el oficio.

Mas ¡ay de mí! que cualquiera
Es bastante á hacer delitos,
Y á satisfacer no basta
El infeliz que los hizo.

De Adán la ofensa primera
Me echó á esta cárcel que animo,

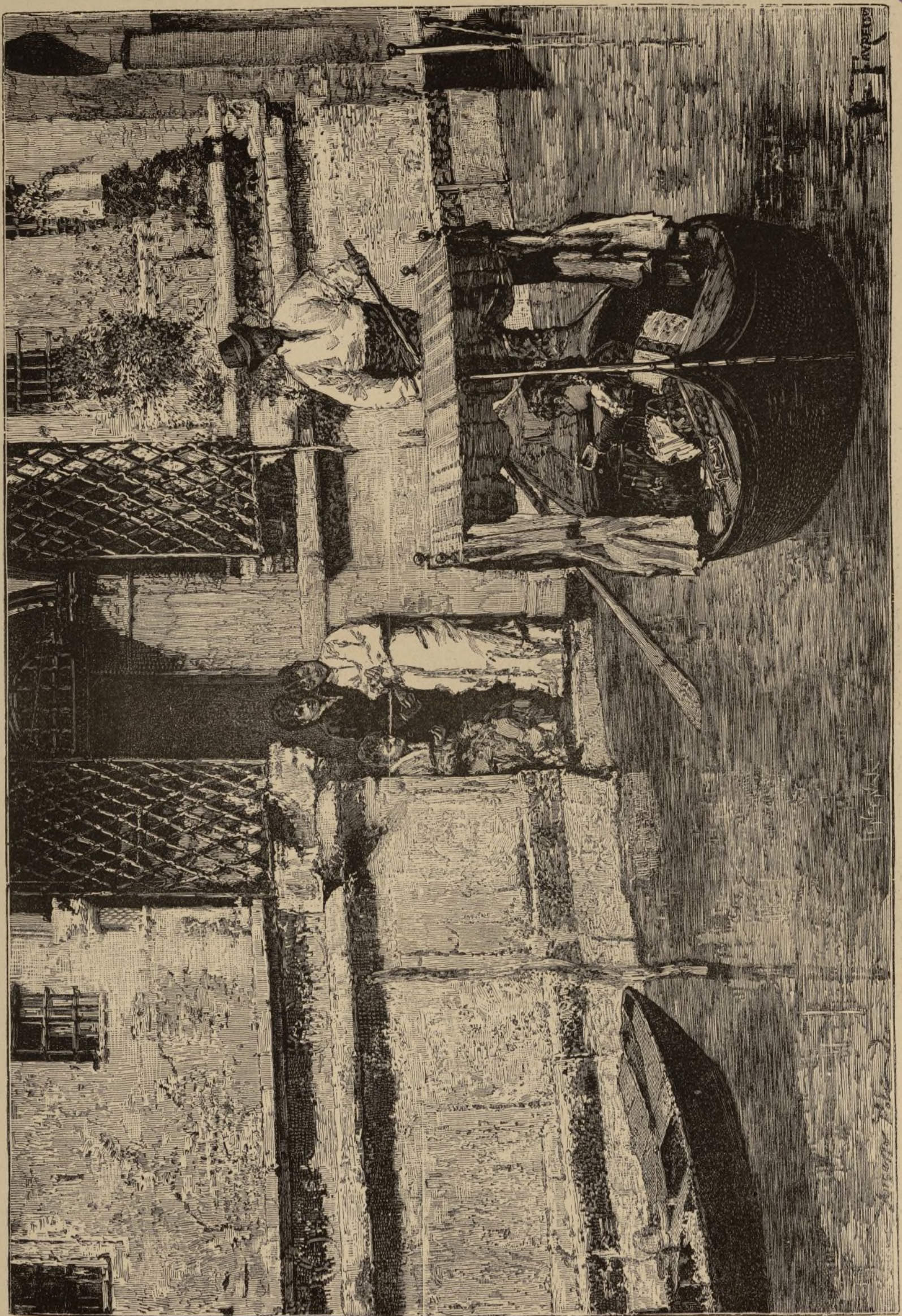
Y antes de nacer, la herencia
Que tuve dél fué un delito.

Ya veo que no es disculpa
Nacer sujeto á este impío
Feudo, pues nada pactaron
Las culpas y el albedrío;

Pero si el ser ó no fuera
A mi arbitrio permitido,
Y antes de ser experiencia,
Más que examen fuera aviso,

¡Qué dulcemente en la nada
Durmiera en ocio tranquilo,
El que no tiene, si nace,
Respiración sin gemido!

Porque, si haber hecho al hombre
Que á Vos os pesó examino,
¡Qué mucho que á mí me pese
El haber, Señor, nacido!



LA PARTIDA DE VIAJE.



Pues apenas me criásteis,
Cuando, ingrato al beneficio,
Ya dí á entender que era hombre
Con ser desagradecido.

Que me pesa nacer, dije,
¡Ah, Señor! y no es delirio,
Pues tan sin juicio he pecado
Como si no hubiera juicio.

Porque, habiéndome criado
Para amaros y serviros,
Temo no me conozcais,
Señor, por desconocido.

Por eso esta postrer línea
De la vida, que ya piso,
Me aflige, pues está en ella
El triunfo ó el precipicio.

Mas si vos morir temisteis,
Siendo de la gracia archivo,
¿Qué hará este infelice, siendo
Archivo mortal de vicios?

Mas ¡Vos pendiente de un leño,
Y yo necio desconfío!
¡Vos clavado, y yo recelo
El más mínimo peligro!

¿Quién el que os hiciésteis hombre
Se atrevería á pedirlos?
Nadie: por la gran distancia
Que hay de Dios á hombre pasivo.

Y Vos lo hicisteis por mí,
De amor y piedad movido:
Luego bien, Señor, espero,
Luego bien, Señor, confío.

Pues sois mi sangre, advertir,
Al esgrimir el cuchillo,
Lo que os costó ser mi deudo:
Quizá embotareis los filos.

No me diera confianza
El veros en el empuje
Glorioso, más que en la Cruz
Veros humano y pasivo.

Porque esa sangre que corre
En arroyos fugitivos,
Corre por lavar mis manchas,
Siendo segundo bautismo.

Pues, Señor, gasto tan grande,
Tan sumo, tan excesivo,
¿Se ha de perder por mis culpas,
Cuando por ellas se hizo?

Y siendo yo vuestra hechura
Y á quien tanto me asimilo,
¿Cómo el vidrio romperá
Quien ve su hechura en el vidrio?

Mucho, Señor, os costé,
Y por lo mismo confío
De que me habeis de salvar,
Pues ya la costa se hizo.

Si cuando es mayor el riesgo,
El triunfo es más aplaudido,
Cuanto la culpa es mayor,
¿No tendrá el perdón más brillo?

Pues yo soy el delincuente
Que, torpe y desconocido,
Os puse en este madero,
Pagando Vos yerros míos.

Yo el hijo pródigo soy
Que, ingrato y desvanecido,
De infinitos bienes hice
Cambio á males infinitos.

Yo soy la oveja perdida
Que, huyendo de vuestro aprisco,
Con balido á buscar vuelve
A quien siempre le ha valido.

Grande es mi ofensa, Señor;
Confieso que no he podido
Satisfacer por mí solo
El número de mis vicios.

Pero por eso, por eso,
De la Iglesia en los archivos,
También infinitos son
Vuestros méritos divinos.

Ellos por mí satisfagan,
Pues mi fiador habeis sido,
Y en vuestros méritos pague
Lo finito á lo infinito.

Y así, gran Señor, ahora
Os pretendo compasivo,
Porque si pierdo esta hora,
Todo, Señor, lo he perdido.

¡Oh cuánto el mortal, oh cuánto
Debe vivir prevenido
Para este paso, en que está
Lo crítico del camino,

De cuyo confuso instante
Depende lo decisivo
De eternidades de gloria
O eternidades de abismos!

¡Oh quién os hubiera amado
Tan reverente, tan fino,
Como si no hubiera en Vos
Clemencia, habiendo castigo!

Arrepentido, Señor,
Que me perdonéis suplico,
Y no sé qué alegar más
Que ruegos de arrepentido.

Que, aunque son muchas mis culpas,
Y aunque es mucho lo que pido,
Vos sois Dios, y yo soy hombre,
Y uno es vuestro y otro es mío.

Por ser Vos quien sois tan solo
Siento haberos ofendido,
Pues aunque cielo no hubiera
Ni infierno, hiciera lo mismo.

Y así, contra mí, ¡oh Señor!
Templén el justo castigo
Los ríos de vuestra sangre
Y de mi llanto los ríos.

Salvadme en vuestra virtud;
Que yo á vuestros pies resigno
Este cuerpo sin acción
Y este alma sin albedrío.

Pues aunque vivir pudiera,
Estando libre, á mi arbitrio,
Hoy os hiciera en mi muerte
De mi vida sacrificio.

Mas si es vuestra voluntad
Que padezca en los abismos,
Para que en mí se ejecute
Este espíritu os envío.

Y padeciendo diré
Por los siglos de los siglos:
¡Quién siempre os hubiera amado!
¡Quién no os hubiera ofendido!

CALDERÓN DE LA BARCA.

SANTO TOMÁS DE AQUINO 1



¿Qué origen tan notable y qué condición tan miserable la de la razón humana! Participación de la razón divina, destinada á medir el anchuroso océano de sus obras, á cantar las armonías de los cielos y la fecundidad de la tierra, empuñaba el centro de la creación, dictaba leyes á los moradores todos del globo, que se le diera como escabel de su grandeza, y llenaba el corazón de afectos puros para levantar al fin su vuelo hasta el trono de Dios en las alturas, y descansar allí á sus plantas en la clara intuición de su hermosura. Empero, divorciada de Dios por el pecado, cayó de su mano el cetro augusto, eclipsóse la luz que la animaba, y, encorvada hácia la muerte, vióse extranjera en sus estados, y su autoridad menospreciada por el corazón y las pasiones, y hasta por el mundo exterior, que desconoce á su antigua soberana. Desde entonces la razón humana ya no fué la luz indeficiente; desde entonces oscureció su brillo por afectos impuros; si se remonta alguna vez hasta el Eterno y bebe allí la ciencia de Dios, de la cual vive, se arrastra las más por ese suelo y es juguete de la carne y es esclava de aquellos mismos afectos que debiera regular con su consejo. De ahí, señores, esa lucha perpétua y titánica del error y la verdad, que se disputan sin tregua, sin descanso y sin sosiego el predominio relativo de la pobre razón humana. De ahí esas vicisitudes, jamás interrumpidas, de gloriosas ascensiones y de ignominiosas caídas, en las cuales nuestra inteligencia noble parece unas veces haberedecado cuantas hermosas verdades son objeto de sus ansias, mientras que otras se apacienta, infatuada y orgullosa, de sistemas tenebrosos, de absurdos, de aberraciones, que la hacen descender hasta el nivel del mono antropoide ó de las cristalizaciones orgánicas que flotaban allá, en tiempos remotos, sobre la agitada superficie de las aguas.

Dios, sin embargo, no ha abandonado en ningún tiempo por completo el apostolado de la verdad al réprobo sentido de la inteligencia, que se prostituía á sí misma al amor de la materia. Desde el Eden hasta el diluvio, desde las llanuras del Senaar hasta las de la Galdea, desde la tierra del Gesen y desde el Sinaí hasta Sión y el Calvario, levantó de siglo en

siglo en las edades genios poderosos que la conservaron y la transmitieron á las generaciones posteriores. Y al lado de esos patriarcas de la antigua alianza suscitó también en otros pueblos de la gran familia humana lumbreras como Zoroastro y Pitágoras, Platón y Aristóteles, Cicerón y Séneca, que alimentaron entre tinieblas y sombras el fuego sagrado de una revelación primitiva, purificando las tradiciones populares en el crisol poderoso de su inteligencia extraordinaria. Empero, á pesar de estos auxilios, la humana razón volvía al abismo de la ignorancia y del error y del odio á la verdad racional y á la verdad revelada, hasta que en la plenitud de los tiempos la misma Verdad eterna tomó forma sensible, se hizo comensal de los hombres, con ellos conversó y los esparció por el mundo al impulso misterioso de esta inspiración divina: *Id, y enseñad á todas las naciones: yo soy el camino, la verdad y la vida; yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos.* La verdad divina tuvo desde entonces su asiento en la roca del Vaticano, y desde allí brilla inextinguible sobre todos los ámbitos del orbe; y á la sombra de esa verdad, absoluta, inmutable, eterna, inicióse la restauración de la oscurecida é incompleta verdad humana, representada primeramente en Justino, Tertuliano y Lactancio, Clemente y Orígenes, los Gregorios, San Agustín y San Isidoro. Otros ilustres adalides de la verdad continuaron esa grandiosa epopeya, esa restauración gloriosa para las ciencias humanas, deificación en cierto modo de la razón del hombre, que se elevó en alas de la fe á la solución completa y acabada de cuantos problemas habían torturado los ingenios por más de cinco mil años, y que llegó á los últimos límites de lo posible bajo el genio portentoso de Santo Tomás de Aquino, de ese vate predestinado para cantar en dulce éxtasis las armonías de la razón y de la fe, y para unir en alianza perdurable la religión y la ciencia, la filosofía y el dogma, dándoles por asiento y por alcázar el monumento incomparable de la teología escolástica.

Sí, señores; Santo Tomás de Aquino es la encarnación y la síntesis de la teología católica delineada por los Padres, y de la filosofía cristiana, depurada por él de los errores del paganismo que la oscurecía en la Edad Media, desarrollada, desenvuelta y completada por su genio incomparable. Santo Tomás de Aquino es, con todo el rigor de la palabra, el padre de la teología católica y de la filosofía cristiana; y, lo que es más, el creador de esa otra ciencia nobilísima, universal, que une las dos con fuerte lazo: Santo Tomás es el organizador de la escolástica. Ciencia soberana que, levantada por el Angélico Doctor como antorcha esplendorosa en la cuspide de los siglos cristianos, iluminó al mundo antiguo, disipando el paganismo de las hordas del norte, y dando fin á la barbarie de los pueblos orientales, é inauguró la edad moderna, en la cual el árbol de la civilización cristiana se desarrolló robusto, pendiendo de sus ramas bienhechoras los regalados frutos del bien, de la verdad y de la vida, y brotando á sus pies, como flores de belleza primaveral, las mayores maravillas del arte cristiano, las lenguas vulgares, las catedrales ogivales, la *Divina Comedia*, las excelsas concepciones de la belleza ideal de Fr. Angélico, y las repúblicas modeladas sobre el Cristianismo por Jerónimo Savonarola.

¿Quién sabe, señores, á dónde hubiera llegado la Europa, fiel al movimiento ascensional que recibiera del Angel de las Escuelas? La esclavitud se modificaba; el feudalismo languidecía; alzabase el municipio; promulgábanse códigos; los pueblos mandaban consejeros á los Reyes; organizábanse las primeras milicias; al monje sedentario sucedía el fraile activo, predicador, confesor, doctor, que se identificaba con el pueblo, haciendo suya su causa, é instituíanse, por fin, esas grandes y públicas Universidades, que abrían á la actividad febril de la inteligencia humana nuevos y dilatados horizontes. La era moderna, en una palabra, se inauguraba con todas sus grandezas y exenta de los peligros que hoy entraña. Empero, para desgracia de la civilización y de la ciencia, lanzó Ockan á la arena candente de la discusión, en son de rebelión y de protesta contra la filosofía escolástica, su nominalismo y su criticismo escéptico, y halagando á la potestad real, deprimiendo al Pontificado, y negando la inmutabilidad y hasta la existencia de la ley eterna, encontró sectarios infatigables. A éstos prestaron concurso poderosísimos, en contra de la escolástica, el panteísmo de Jordano Bruno, el criticismo exagerado de Campanella, el empirismo de Bacon, el renacimiento pagano; las pasiones todas patrocinadas por un sistema filosófico, siendo el resultado de tan múltiples factores el protestantismo de Lutero, el absolutismo de Maquiavelo y el racionalismo de Descartes. Perdido así el norte de toda verdad en religión, en política y en filosofía; arrojada la semilla en un terreno

1 El nombramiento del P. Martínez Vigil para la silla episcopal de Oviedo da singular actualidad á este trabajo, leído por el sabio dominico hace pocos años en la Academia de la Juventud Católica de Madrid.

preparado, el fruto era sólo efecto del tiempo, y vióse al protestantismo degenerar en indiferentismo, al absolutismo en cesarismo y al racionalismo en positivismo materialista: consecuencias lógicas y necesarias de todo sistema racionalista, el cual es hoy la fórmula, como fué el factor, de todos esos absurdos que minan sin descanso los fundamentos de la familia, de la sociedad, de la religión y de la ciencia.

Conoceis, señores, la naturaleza del mal, y su origen y su historia: es un organismo vigoroso, apoyado por sociedades tenebrosas, tolerado por la culta Europa, que es en parte obra de sus logias, y que ha comezado su carrera arrancando á los católicos la filosofía escolástica, única arma capaz hoy de resistir á los embates del racionalismo triunfante y de desposeerle de su trinchera. Y ved por qué, señores, la Iglesia, que ha medido la profundidad de la llaga social y que la ha encontrado inmensa, pero que cree á los pueblos sanables, vuelve los ojos hácia el Angel de las Escuelas y nos exhorta vehementemente á que abracemos esa arma imprudentemente abandonada, en la seguridad de que la filosofía de Santo Tomás, hoy, como en el siglo XIII, salvará los fueros de la fe sin menoscabo de los fueros de la razón y renovará la concordia de estas dos hijas del cielo. Teneis, señores, indicado el pensamiento de mi discurso. La dictadura de un genio es la garantía de la libertad en las profundas crisis de la historia; en el período agitado y turbulento porque hoy atravesamos, nadie reúne los títulos de Santo Tomás de Aquino para ejercer una dictadura racional y prudente en favor de la fe menospreciada y de la razón vilipendiada, porque de nadie se puede decir con tanta justicia, que *le dió el Señor los preceptos y la ley de vida y de disciplina, para enseñar su testamento á Jacob y sus juicios á Israel*.

Por eso, señores, correspondiendo tímidamente á la honrosa é inmerecida invitación que me ha hecho el Presidente de esta Juventud Católica, é inspirado en la admirable Encíclica de nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, intentaré manifestaros que la filosofía del Angélico Doctor es una ciencia completa, es el único organismo científico de filosofía cristiana, al cual, si es posible añadir nuevas verdades arrancadas de los secretos de la naturaleza, jamás podremos cercenar, variar ni corregir nada sin minar profundamente el edificio de la ciencia. Santo Tomás, señores, es el Príncipe de los filósofos. Os lo demostraré examinando rápidamente las principales conclusiones de su filosofía, y presentándoos como un precioso ramillete de las alabanzas que le han tributado los sabios.

I

La ciencia en general, nos dice el Angélico Doctor, es el conocimiento de las cosas por sus causas; y tanto más noble, más digna y más elevada es una ciencia, cuanto más universal sea el objeto y más alta la causa que investigue: la ciencia de las primeras causas, la Metafísica, es la primera de las ciencias. Mas como la ciencia tenga por objeto la verdad, y ésta sea la igualdad del entendimiento con la cosa conocida, antes de engolfarse el hombre en el inmenso océano de la filosofía debe asegurar el punto de partida, escrutar y determinar las leyes del conocimiento y de la indagación de la verdad. La lógica es para el Angel de las Escuelas la primera de las ciencias en el orden cronológico.

Proporcionada á su elevación, á su abstracción, á su independencia de la materia, es en las criaturas la virtud cognoscitiva, continúa el Santo Doctor. Los minerales y las plantas, completamente materiales, carecen de todo conocimiento; los brutos, superiores á ellos, conocen las cosas singulares, sin remontarse jamás á la generalidad de una idea, porque su alma y sus potencias y sus funciones todas dependen de la materia y de sus órganos, aunque con cierta sobreabundancia de vitalidad para establecer relaciones exteriores. El alma del hombre, espiritual, hija del cielo y dotada de inteligencia, es capaz de toda clase de conocimientos, por abstractos y universales que ellos sean, y tiene virtud propia para depurar los conceptos de toda material concreción y contemplarlos á solas en el santuario del pensamiento, sin que el cuerpo humano le preste otro concurso que la abundante materia para esas misteriosas transformaciones. Superior al hombre es el ángel, que no tiene cuerpo, que es absolutamente independiente de la materia, sin que reciba de ella ni las formas ni los fantasmas. Dios le infunde ideas limitadas en universalidad y número, que son la norma y la medida de su extenso conocimiento. Solo Dios, cuya mente purísima y libre es inmune de toda composición y es ella misma su propia idea, tiene noticia de todo, sabiduría infinita, intuición simplicísima: sólo Dios es omnisciente. *Quia Deus*

est in summa immaterialitatis, sequitur quod sit in summo cognitionis.

Así analizada, bajo ese concepto elevadísimo, la noción de la virtud cognoscitiva, prosigue el Doctor Angélico la definición de la ciencia, estableciendo cuatro géneros de causas: material, formal, eficiente y final.

La antigua filosofía no había podido emanciparse por un solo momento de esa cuádruple causalidad: el Águila de Aquino remonta aquí su vuelo sobre Platón y Aristóteles para anunciar al mundo entero que el Sér por esencia, el acto purísimo, la causa primera, puede prescindir de la materia, si le place, y puede producir *ex nihilo*. La creación de la nada, ese misterio inaccesible á toda la antigüedad pagana, pero consignado en las primeras palabras del Génesis, perteneció desde entonces al dominio de la filosofía. Santo Tomás había descorrido el velo que ocultaba el origen del universo, demostrando la posibilidad de la creación y sus motivos, y realizando un progreso de la ciencia racional que ni habían soñado los siglos. Pero la creación es propia y exclusiva de la Divinidad, es su atributo incommunicable, personalísimo, como lo es también la causalidad primera, en el orden á la producción y conservación de los seres, y en el orden á cuantos actos positivos y reales ejecutan estos seres en el mundo, bajo la moción, dirección y aplicación de esa causa primordial, soberana, universalísima.

Las cosas que las ciencias conocen por sus causas, se dividen en seres sustanciales y accidentales: los últimos son modificaciones de los primeros. Las sustancias, objeto primordial de la filosofía, se subdividen en tres grandes ramificaciones: las primeras tienen causa formal solo informante, sustancias materiales; las segundas tienen causa formal informante y subsistente, sustancias mistas, el hombre; y las terceras son formas sólo subsistentes, sustancias espirituales, ángeles. Y por encima de todas esas categorías, en la cúspide de todos esos seres, dominando esa gigantesca y profunda clasificación del objeto de la ciencia, el Sér supremo, el Sér por esencia, la sustancia simplicísima, Dios, causa primera, prototipo y causa final y última de toda la creación.

Si queremos ahora entrar de lleno en la filosofía tomista, encontraremos que su objeto ha de tomarse universalmente considerado, hecha abstracción cuando menos de la materia singular, que, efímera y contingente, no puede servir de fundamento al eterno y sólido edificio de la verdad filosófica. Aún más: lo primero que el hombre percibe en ese objeto es la razón comunísima de ente, y sobre ese universal de los mismos universales, sobre esa noción universalísima, establece el Angélico Doctor el famoso principio de contradicción, piedra angular de toda filosófica demostración, y superior á todas luces al principio de la repugnancia de Kant, no menos que al de la razón suficiente de Leibniz. Y notad de paso, señores, que la teoría luminosa de Santo Tomás sobre los universales, como base de nuestras demostraciones científicas, es la única arma que puede esgrimirse con ventaja para pulverizar el panteísmo materialista, que desde la escuela neoplatónica de Alejandría, hasta la ecléctica contemporánea de Cousin, viene fascinando á muchas inteligencias descreídas. Pero donde Santo Tomás rayó á una altura hasta la cual no ha sido posible seguirle, matando en la raíz todo germen de panteísmo y de sensualismo, fué en la profunda explicación de la bondad de las criaturas, probando luminosamente que la bondad absoluta y completa que resplandece en los diversos grados de la creación es una bondad participada, es un accidente y nada más, que sobreviene á la bondad propia y sustancial de cada sér. Locke deprime la idea de la bondad, identificándola con el deleite; Santo Tomás la depura, la eleva y la hace depender de una relación de semejanza con la infinita bondad de Dios. Sublime como la teoría de la bondad es la teoría de la belleza, que Santo Tomás plantea, distingue, precisa, define, á la cual señala misión y concepto propio, respecto á la facultad cognoscitiva, que debe reposar tranquilamente en la intuición de la armonía que resulta de las partes varias, distintas y múltiples del objeto bello. Para Santo Tomás, el bien mueve el apetito; el conocimiento descansa en la belleza. Decidme, señores, por gracia si en cuanto se viene escribiendo hace seis siglos, si en las hermosas páginas de Víctor Cousin encontrais un solo concepto que no se halle delineado en la filosofía de Santo Tomás, respecto á la esencia y condiciones y objeto de la belleza.

Otro problema, no encantador como los que se refiere á lo bueno y á lo bello, sino formidable y tenebroso, venía agitando los espíritus desde el origen de la historia. Declarada impotente la razón humana para dar una solución satisfactoria, habíase

confiado éstas muchas veces al fragor de los combates. ¿Qué es el mal? ¿Cuál es su causa? Santo Tomás dejó caer de su pluma esta respuesta, imponente y severa como el ruido de las grandes aguas. El mal no existe, el mal no tiene causa. El mal es la privación, es la ausencia del bien; el mal es la nada. La causa del mal es el bien defectible, limitado, que intenta producir otro bien, y que no llega á efectuarlo por completo á causa de su ineficacia; la causa del mal es el bien, que produce de paso y casualmente un desorden, un mal, teniendo por objetivo el bien. Conoceis, señores, que sólo puedo recoger algunas espigas de la abundante mies que se presenta á mi alcance. El maniqueísmo, esa herejía filosófica, social, política, religiosa, ese antagonismo de los dos principios coeternos, en lucha siempre y siempre sembrando la discordia entre los hijos de los hombres, aquí espiró, señores, estrechado para siempre por la vigorosa argumentación del gigante de la filosofía cristiana.

Empero ya es hora de abandonar esas alturas de la ciencia ontológica si hemos de ocuparnos, siquiera sea ligeramente, de este mundo prodigioso que el Señor nos ha dado en parte como valle de penitencia, de oración y caridad. El mundo, el universo, el conjunto armonioso de globos, de luz, de éter; todas las sustancias, en una palabra, y todas las fuerzas que afectan nuestros sentidos, han sido sacadas por Dios de la nada, y son real y sustancialmente distintas de la Divinidad: ni su materia es eterna, ni menos independiente del mismo Dios. El mundo es hermoso, es bello, es perfecto, es óptimo por razón de su fin, mas no es el mejor de los mundos posibles para la Omnipotencia divina, como ha pretendido Leibniz. La filosofía cristiana tiene de Dios más elevado y más verídico concepto, y profesa el optimismo de que á Dios le quedó el brazo sano después de la creación para crear aún infinitos mundos siempre mejores, siempre más semejantes á su Creador, pero sin llegar jamás al optimismo de una semejanza adecuada. Y no sólo es distinto de Dios este mundo que venimos examinando á la luz de la doctrina del Angel de las Escuelas, sino que se compone de sustancias distintas entre sí, que nacen y se reproducen y se descomponen y mueren, y dan lugar á la producción de nuevos seres, sin que se pierda una fuerza, ni se aniquile un sólo átomo, aportando el Santo Doctor en apoyo de estas conclusiones, conformes por otra parte al común sentir de la humanidad, ó demostraciones concluyentes, ó razones plausibles, según la mayor ó menor certidumbre que permite la materia.

Manifiéstase la vida por un movimiento interior de los vivientes, como las plantas, que se nutren y crecen y florecen y fructifican, mientras que los animales se levantan un grado más, tienen un alma cognoscitiva y apetitiva, material, mas no subsistente, como ha pretendido el ilustre Balmes, evitando nuestro Santo el escollo del filósofo español, como la paradoja del automatismo de Gómez Pereira y de Descartes. Si á estas indicaciones añadís la grandiosidad con que Santo Tomás presenta y resuelve las profundas y trascendentes cuestiones del tiempo y del espacio, vereis que su doctrina cosmológica es la refutación completa de esa herejía absurda, que viene siendo, no obstante, la herejía de todos los tiempos y de todos los países, la herejía de los filósofos todos que se apartan de la verdad revelada; de ese panteísmo obstinado en persuadirnos que el mundo es Dios y Dios el mundo, y nosotros dioses ó moléculas cuando menos ó modificaciones del gran todo, del gran Dios. Para esos filósofos, algunos de los cuales educan á vuestros hijos en las Universidades del reino; para esos corruptores del corazón y el pensamiento, de la moral y de la ciencia, el cuerpo y el espíritu, la verdad y el error, el bien y el mal, la muerte y la vida, el adulterio y la caridad, Dios y el hombre, el sér y el no sér, se identifican, se confunden, son la misma cosa, porque son la misma sustancia, ó porque son la misma idea que objetiva sus conceptos. Pues bien, señores, esos absurdos, que vuestra razón instintivamente rechaza, los hallareis reducidos á impalpable polvo en la *Suma filosófica* y en la *Suma teológica* de Santo Tomás de Aquino. Desde el panteísmo de los indios y los chinos hasta el panteísmo germánico, desde el emanatista grosero de Brahma y de Spinoza hasta el idealista ó realista de los Vedas, Jordano Bruno, Fichte, Hegel, Krause, etc., todos han sido analizados, prevenidos y vigorosamente impugnados por nuestro Angélico Maestro.

Háse hecho un cargo á Santo Tomás por haber descuidado el método experimental, mientras que le acusan otros de patrocinar el materialismo, por derivar de los sentidos todos nuestros conocimientos; extremos que se destruyen y evidencian la falta de preparación de los que así juzgan la filosofía cristiana. El método experimental psicológico es el

punto de partida de cuantas demostraciones lleva a feliz término el Ángel de las Escuelas en muchísimas cuestiones de la primera y segunda parte de su incomparable *Suma*; el método experimental físico en su verdadero y científico desarrollo parte de Alberto Magno, y Santo Tomás de Aquino utiliza ambos procedimientos para elevarse a la síntesis, para asentar verdades eternas, investidas de los caracteres de necesidad y universalidad, que puedan servir de base para construir ciencia verdadera. Sin síntesis no hay ciencia, sin análisis no hay conocimiento cierto; por eso el método de Santo Tomás no es sintético ni analítico, sino analítico y sintético, experimental y ontológico, inductivo y deductivo, según el objeto y la necesidad de la demostración. Lejos de los escritos del Angélico ese psicologismo cartesiano, base movidiza de su pretendida ciencia y que preparó el camino al escepticismo, al sensismo y al panteísmo; lejos también de su doctrina al empirismo de Bacon, precursor funesto de Locke y de Condillac y de los materialistas del pasado siglo.

¡Y qué aplicación tan luminosa hace de su doble método el Angélico Doctor, al resolver los problemas que tienen al hombre por objeto! Para Santo Tomás el alma humana no es cuerpo, no es materia, no tiene siquiera composición material; el alma es una sustancia inmaterial, espiritual en el sentido completo de la palabra, y como espiritual simple, incorruptible, inmortal, inteligente, racional, volente y libre, que no se propaga ni por generación ni por traducción, sino por creación en el acto mismo de la concepción del hombre; y todo esto, señores, demostrado vigorosamente por el Angélico Preceptor, partiendo de la base de la experiencia psicológica, y levantando la demostración con razones naturales, sin acudir para nada a la divina revelación. ¡Cuestión espinosísima en la que nuestro Santo, con la serenidad de un piloto peritísimo, salvó los fueros de la fe y de la razón, y evitó los escollos, y se apartó igualmente de las encontradas corrientes del tradicionalismo, del racionalismo y del materialismo! El alma es además para Santo Tomás de Aquino forma sustancial del cuerpo humano; conquista filosófica de imponderable valor, que ha sido más tarde elevada a dogma de fe católica en el Concilio ecuménico de Viena.

A las sustancias mistas siguen las sustancias espirituales: sobre el hombre está el ángel; y si Santo Tomás de Aquino resolvió científicamente todas las cuestiones fundamentales de la antropología, aun aquellas que atañen a la parte material del organismo humano, remontóse sobre todos los doctores de la antigüedad al ocuparse de los angélicos espíritus. «Santo Tomás, ha dicho el sabio Labbé, habló de los ángeles como si lo fuese»; y el orbe entero no es más que el eco de esta sentencia al llamarle *Ángel* y *Angélico*, por la pureza de su vida y por su doctrina incomparable sobre esos espíritus excelsos. Los ángeles, según ese Ángel de la tierra, son sustancias inateriales, espirituales, subsistentes, incorruptibles, inteligentes, volentes y libres. Creados por Dios en el principio del tiempo y en gracia santificante, recibieron de la inagotable bondad divina ideas más ó menos universales, en mayor ó menor número, que determinan sus jerarquías y coros, y que los ponen en intuición directa del objeto y de los principios y sus secuelas sin la imperfección del raciocinio. El movimiento de los ángeles, su locución, su influencia sobre las cosas materiales y sobre el hombre mismo, son el objeto de otros tantos problemas que Santo Tomás resuelve cual ninguno. Pecaron muchos de esos espíritus por soberbia, y fueron condenados al infierno, donde, obstinados en el mal, tientan a los hombres, y hasta pueden tener con ellos implícito ó explícito comercio. De ahí la magia y la teurgia de la antigüedad, la brujería de la Edad Media, y el mesmerismo, magnetismo y espiritismo de nuestro siglo, explicados en sus causas y en sus efectos en las páginas angelicales del Ángel de los Doctores.

Y como base, señores, y como cima y como centro de este edificio grandioso de la ciencia filosófica, que vanamente he intentado bosquejaros, se encuentra la idea de Dios, verdad primera, bondad suma, belleza infinita, de quien todas las criaturas reciben el ser y la verdad, y la bondad y la belleza, y cuantas perfecciones arrebatan nuestra inteligencia, embelesan nuestros sentidos, hacen vibrar las fibras de nuestro corazón, y en las que descansan nuestras facultades cognoscitivas, haciendo de ellas como otras tantas etapas para remontarse al conocimiento y al amor y a la posesión de esa bienaventuranza final que sin cesar las solicita. Para Santo Tomás de Aquino, que «habló de Dios como si le viese», Dios tiene en sí mismo la razón necesaria de su existencia, es acto puro, causa primera, primer motor y fin último de todos los seres. Demuéstrase su existencia y su unidad por diferentes procedimientos racionales.

Dios es además personal, creador, conservador y providente; contiene en sí las perfecciones de todos los seres existentes y posibles, y solo Él es capaz de comprender el océano de su inmensidad. Él es su misma sabiduría y su Verbo expreso, personal, coeterno y consustancial, medida y tipo de todos los seres presentes y pasados, futuros y posibles. Poned, señores, al lado de esta teodicea luminosa, esplendente, celestial, los sistemas de la llamada ciencia novísima de Kant y Hegel, Schelling, Fichte y Krause, y de cuantos esterilizan y pervierten la inteligencia de nuestra juventud desde ciertas cátedras y desde determinados periódicos, y veréislos desvanecerse como sombras, como se desvanecerían las brumas de la nebulosa Alemania si fueran heridas por los rayos del hermoso sol de nuestra patria.

Señores, he enumerado rápidamente algunas de las principales conclusiones de la filosofía cristiana, personificada en Santo Tomás de Aquino. La definición de la ciencia y su objeto, el mundo, el hombre, el ángel y Dios. Para conocer esa doctrina admirable, no hay otro medio que el de acudir a sus propias fuentes; si queréis saber lo que fué Tomás, leed sus obras. Así vereis cuán pálido es el cuadro por mí trazado, y cuán mal corresponde a la grandeza del asunto; sólo así tocáis por vosotros mismos la filosofía del Angélico Doctor, para proclamarla ciencia completa y único organismo de filosofía cristiana, al cual no es posible cercenar, ni variar, ni corregir nada, sin minar profundamente el edificio de la verdad; sólo así podéis exclamar llenos de emoción santa: ¡Santo Tomás es el primero entre todos los filósofos! Así lo han confesado los santos y los sabios por más de seiscientos años, como os mostraré con la brevedad posible si me prestáis atención por unos momentos más. Procuraré no abusar de vuestra benevolencia.

RAMÓN MARTÍNEZ VIGIL.

(Se continuará.)

PARA QUÉ SIRVEN LOS POBRES

I



En toda la comarca de X... no había ningún pobre. «¡Qué país tan feliz!» vais a decir.

Todos los habitantes disfrutaban una renta igual, y todos la cobraban el mismo día. Todos tenían una extensión de terreno igual, en el centro del cual se levantaban casas construidas exactamente iguales, con la misma división interior é igual número de ventanas.

La población ofrecía a primera vista un aspecto agradable: uniformidad en todos los edificios y campos; aquéllos y éstos formando cuadros exactamente iguales; los campos con palizadas de madera pintadas todas del mismo color, que reemplazaban los vallados de zarzas ó espinos. Los pájaros no tenían donde formar sus nidos, y la villa se veía privada de sus alegres gorjeos.

Los hombres convinieron vestir todos igual, y hasta las mujeres llegaron a reglamentarse y usar todas las mismas telas é igual forma en los vestidos. No debo ocultar que costó algún trabajo y no pocos disgustos conseguir que las mujeres adoptaran este sistema de completa igualdad.

Los habitantes no se conocían por sus nombres de bautizo ó de familia. La municipalidad los había numerado; a las mujeres se les había reservado los números pares: los impares pertenecían a los hombres. Cuando se anunciaba un matrimonio se decía: «El número 4,362, por ejemplo, se casa con el número 3,857.» El amor, como la poesía, no se conocían; las cosas que no servían para nada se suprimieron.

La igualdad era perfecta y completa: todos los habitantes comían iguales manjares, a la misma hora y con igual cantidad de vino de igual clase. Se acostaban a la misma hora, y la misma regla se observaba para abandonar el lecho: un tambor daba la señal para todos estos ejercicios.

En la población no había iglesia, la municipalidad no la había creído necesaria.

II

¿Eran felices? Administrativamente debían serlo: felicidad negativa.

A los niños, desde la infancia, se les separaba de sus familias y se les educaba lejos de sus madres. Los dulces lazos de la familia no se conocían en aquel país, en el que no se vigilaba debidamente la educación de la juventud; no se cuidaban con esmero a los enfermos, y a consecuencia de todo ello los que fallecían no eran llorados.

Continuamente se oía a todos los habitantes estas

palabras: *Mi derecho*: y ellas parecían constituir toda su felicidad. Nadie pronunciaba esta dulce y sagrada palabra: *Deber*; nadie la comprendía. No había ocasión de prestarse esos servicios mutuos, que engendran la amistad y el agradecimiento. No existían, pues, relaciones de amistad; todos vivían aislados, encerrados en sus casas. La igualdad trajo el egoísmo, el egoísmo engendró el odio.

Como no se carecía de nada, no se pensó nunca en Dios que lo da todo; como no se veían gentes que sufrieran privaciones, naturalmente se cerraron los corazones a todo sentimiento, y no se conocía el de reconocimiento y gratitud al Sér Supremo, ni el de la caridad para sus semejantes. Todo esto era desconocido en aquel país; la palabra caridad nadie la pronunciaba; todas las virtudes que forman los dulces lazos que sostienen la sociedad, eran completamente ignoradas.

Empero como la municipalidad no pudo suprimir por decreto las antiguas pasiones de los hombres, el orgullo, la envidia y otras, éstas, que no eran combatidas por el amor y temor de Dios y por el dulce sentimiento de la caridad, tomaron en breve tiempo gran incremento; los matrimonios fueron estériles y deshonorosos, las familias no tardaron en concebir unas contra otras odios salvajes é inextinguibles; los odios llegaron a crear terribles luchas, y las uniformes y rectas calles de la población igualitaria, se vieron con frecuencia ensangrentadas.

III

Un día llegó a aquel país un cristiano. No hay que decir que excitó la más viva curiosidad; hacía mucho tiempo que no se había visto ninguno.

Aquel cristiano contempló con espanto el espectáculo de aquel rico país que Dios castigaba ya tan duramente.—Pero los cristianos no se limitan a contemplar los desastres del mal: procuran repararlos, y con la ayuda del cielo los reparan.

El nuestro meditó y oró; en sus oraciones suplicó a Dios le inspirara una idea para salvar a aquellos desgraciados.

Terminada su plegaria, se levantó radiante el semblante de alegría; tenía la idea que pedía: escribió a uno de sus amigos, que habitaba en una gran ciudad próxima, estos cortos renglones:

«Envíame inmediatamente una familia pobre, la más miserable que encuentres.

»Yo me encargo de su suerte.»

Algunos días después llegó la familia pobre.

Su amigo había cumplido bien el encargo; era excesivamente miserable.

En ella había ancianos baldados, criaturas medio cubiertas de andrajos, mujeres enfermizas; ni un céntimo, ni un pedazo de pan con que alimentarse; no tenían nada, ni aun la esperanza.

—Perfectamente, se dijo el cristiano al verlos; hé aquí con qué salvar toda esta comarca.

IV

Al día siguiente, cuando despertaron los habitantes de X..., quedaron sorprendidos y escandalizados.

A todas las puertas iba a llamar un pobre, y tendiendo la mano imploraba una limosna con voz temblorosa.

No se oyó más que un grito en toda la población; se persiguió a los pobres, se les arrojó fuera de la aldea, y no faltó quien los persiguiera disparándoles algunos tiros.

Recogidos por nuestro cristiano, los pobres volvieron de nuevo a implorar la caridad y no fueron mejor recibidos.

Aquellos infelices, siguiendo la instrucciones de su protector, sufrieron sin quejarse las persecuciones, hasta que por fin sus perseguidores se cansaron y cesaron de maltratarlos.

Esto es lo que esperaba el cristiano, que era lo suficientemente rico para alimentar en el ínterin a toda aquella familia de mendigos.

Llegó, sin embargo, un día (día bendecido por el Señor, aurora de salud para aquellas almas) en que uno de los pobres recibió la primera limosna.

Aunque humilde ofrenda, debió causar inmenso regocijo a los ángeles del cielo, protectores de aquella comarca.

Una niña vió a una de las pobres que, rendida de hambre y miseria, estaba tendida junto a un ribazo.

La compasión se despertó en aquel infantil corazón y se aproximó a la mendiga:

—¿Qué tienes?—le preguntó.

—Fallezco de hambre y de fatiga—le contestó.

—Toma—replicó la niña—ahí tienes mi almuerzo; come y bebe.

En aquel momento los ángeles del cielo debieron sonreír de placer: era la primera vez, desde hacía largos años, que se pronunciaba en aquel país una palabra de caridad; era la primera vez que desapa-

recía «la igualdad» y con ella el egoísmo, el aislamiento, los odios.

La obra de caridad practicada por aquella niña iba á atraer la gracia sobre millares de almas. ¡Bendita seas, inocente niña! Y tú, pobreza, come y bebe; tú eres sin saberlo la libertadora de todo un pueblo.

— Si un día mi madre fuera pobre como esta mujer que acabo de socorrer, ¿qué sería de ella?... ¡Oh! ¡Yo quiero amar á mi madre y velar por ella!...

Y al llegar á casa, contó á su madre lo que había hecho.

— Yo no quiero que tú llegues á ser pobre—añadió ella arrojándose en sus brazos y cubriendo de besos su rostro.

Empezaba ya á germinar el cariño en aquel país, en el que las caricias filiales eran tan raras como las caricias maternas.

Por su parte la madre empezó á reflexionar:

— ¿Por qué— se preguntaba— esta mujer sufre hambre y miseria cuando yo no carezco de nada? ¡Ah! ¡Cuán bueno es el buen Dios para mí!

De esto á postrarse de hinojos y orar, no había más que un paso que dar, y lo dió.

— Pero— se decía después de murmurar algunas oraciones— si Dios ha sido bueno conmigo, ¿por qué, siguiendo los impulsos de mi corazón y mi razón, no he de ser yo buena para las demás?

— Hija mía, condúceme al lado de tu pobre: toma pan, vino, cuanto encuentres á mano, y vamos á llevarselo. ¡Oh Dios mío—añadió— qué feliz soy! Yo no comprendo por qué siento mi corazón inundado de alegría.

No veía la pobre ciega que, si era dichosa, era por que la caridad, que es la esencia del gozo, había penetrado en su corazón.

No sospechaba en que aquel momento restablecía en su país el gran vaiven de la caridad, el gran movimiento universal por el que Dios está siempre inclinado hacia las miserias del hombre, que á su vez debe inclinarse ante las de sus hermanos.

La madre y la niña encontraron á la mendiga rodeada de sus criaturas, á las que distribuía el almuerzo de su joven protectora. ¡Qué conmovedor espectáculo! Ante él, la madre é hija derramaron abundantes lágrimas.

— Tomad— dijo la madre— comed, y después os vendreis con vuestros hijos á mi casa; soy viuda y puedo albergaros á todos con desahogo.

Y cuando se pusieron en marcha, quiso llevar en sus brazos el más pequeño de los mendigos; su hija dió la mano á otro. La mendiga les seguía con los demás llorando de alegría y colmándoles de bendiciones.

VI

— Venid á ayudarnos— dijo esta caritativa mujer á muchas de sus vecinas.— Tenemos que cuidar seis criaturas, su madre está enferma y apenas podemos atender á todos.

Las vecinas vacilaban, pero por fin acudieron. El corazón de la mujer es por naturaleza bondadoso, como las rosas son por naturaleza perfumadas.

Con este motivo las mujeres se reconciliaron; pronto también sus esposos dejaron de querellarse y cesaron las pendencias que con frecuencia ensangrentaban las calles de la población. De esto al trato no hay más que un paso, y algunos lo dieron; volvieron á conocerse los dulces lazos de la amistad.

La habitación que ocupaban los pobres llegó á ser la más hermosa de la aldea. Todas las mujeres quisieron contribuir á su adorno, y todas se esmeraban á porfía en cuidar la mendiga enferma y á sus hijos. Llegaron á tener envidia á la propietaria de la casa de los pobres.

— Yo tengo una habitación más espaciosa— decía una.

— Yo tengo dos que puedo cederles— replicaba otra.

— Yo puedo ofrecerles cuatro— contestaba una tercera.

— Yo doy mi casa— dijo la viuda— y la convierto en hospicio.

— ¿Quién lo sostendrá?

— Yo.

— Pero— observaron sus vecinas— teneis los mismos recursos que nosotras y pronto los acabareis.

— Mendigaré— contestó la noble mujer, cuya alma se abría rápidamente á todas las grandes ideas cristianas.— Me convertiré en mendiga con esta pobre, y vosotras me dareis con qué sostener mi hospicio.

— Yo mendigaré con vos— dijo una joven.

— Yo también— replicó otra.

— Pero— dijo el cristiano que se encontraba allí— lo que pretendéis hacer es una orden religiosa y lo que vais á fundar es un convento.

Esta palabra las dejó estupefactas.

— Vaya por el convento— dijo la viuda.

— No me opongo— contestó el cristiano— pero el convento necesita iglesia.

— Pues bien, la tendremos: es necesario que Dios tenga tan buen domicilio como los pobres.

VII

Y tuvieron una iglesia, un hospicio y un convento. Amaron y adoraron á Dios y á sus santos, y se amaron y apoyaron mutuamente.

Sus familias aumentaron, sus uniones fueron puras y la concordia entre todos inalterable.

Su inteligencia se abrió á la verdad: su corazón al amor; fueron hombres en toda la extensión de la palabra; sus almas se ensancharon y fueron pronto suficientemente grandes para recibir y adorar á Dios.

Y tuvieron santos, que á su vez penetraron en el cielo, é hicieron entrar tras ellos gran número de almas de su país.

Y siempre quisieron tener pobres entre ellos, porque á los pobres lo debían todo, sus virtudes, su fe, su esperanza, la alegría y tranquilidad de la tierra, y después el reposo en el cielo.

LEON GAUTIER.

LA RAMA DE CORAL

NOVELA HISTÓRICA DE ENRIQUE DE CAUVAIN

(Conclusión)

XX

En efecto, era Joël.

Al anuncio del siniestro había preparado rápidamente los diferentes objetos que podían serle útil en la peligrosa expedición, que sin más tardar anhelaba emprender. Estos objetos, que con prudencia los había juntado desde su descubrimiento del canal, y que tenía en su cabaña, eran: una gran linterna con una luz fuerte, cuerdas nuevas, corchetes de abordaje, muchos cinturones de corcho, etc., etc.

Después de haber encendido su linterna, se dirigió corriendo hacia el sitio donde estaba amarrado su barco. Su corazón palpitaba con violencia; pero tenía tal confianza en su canal que no dudaba ni un momento en su éxito; su emoción era causada más bien por el gozo que por el temor. ¡Salvar la vida á María Ana! ¡Qué inmensa felicidad!

Para llegar hasta su barco tuvo que meterse en el agua hasta la cintura. Estaba tan fuertemente sacudido por las olas, que le costó algún trabajo entrar en él; las ráfagas eran tan fuertes que le costó mucho trabajo desplegar su vela. El viento, metiéndose en los pliegues de la tela, hizo que diera un estallido el mástil; la cadena que sujetaba el áncora se quebró, y el barco, arrastrado por esta fuerza ciega, se encontró entregado al tumulto temible del mar y del cielo. Joël no podía sostenerse en pie; pasó una cuerda sólida por su cintura y cogió el timón con las dos manos para no ser arrastrado por las olas, que venían á azotarle el rostro. En fin, cuando logró dar á su barco la dirección que deseaba, tomó la linterna y la izó al alto del mástil.

— ¡Ya está en camino!— dijo uno de los pescadores en pie sobre el Isnin.

— ¡Qué muchacho tan valiente!— replicó otro.

Se podía leer en la fisonomía de todos los espectadores la profunda admiración que les inspiraba este heroísmo. Los más ancianos, sin embargo, movían la cabeza.

¡Es un hombre perdido!— pensaban.

Hervion Lefloch no se podía contener. Refa, lloraba al mismo tiempo; su cuerpo se agitaba con un temblor febril. Después, de pronto, se quedó inmóvil. Echado hacia adelante, reteniendo el aliento, fijó su atención en la luz que acababa de aparecer en el mástil de Joël. Parecía que toda su alma se concentraba en ella. El naufrago, en el momento que va á perecer, no sigue con más angustia los movimientos del madero que la ola, en sus crueles juegos, tan pronto trae al alcance de su mano, tan pronto rechaza lejos de él.

De pronto se sintió un estremecimiento horrible entre los espectadores de este triste drama; algunos no pudieron ahogar un grito de terror. Joël se había embarcado en la extremidad de la bahía que hacía frente al Isnin. Y bien, en lugar de echarse á la alta mar y de ir en línea recta á socorrer al piloto, avanzaba con una cruel rapidez hacia la playa, donde estaban reunidos los pescadores.

— ¡El desgraciado!— murmuró Legoaz juntando las manos.

— Es arrastrado por el viento.

— No, es la corriente del Isnin, que no ha podido evitar.

— ¡Ay! ¡va á venir á hacerse pedazos delante de nosotros!

En efecto, el barco volaba hacia la costa arrastrado por una corriente irresistible. Los pescadores se inclinaron con la angustia en el alma; á la luz de los relámpagos, que se seguían sin interrupción, distinguieron á Joël sentado tranquilamente en la parte de atrás del barco.

— ¡El Isnin! ¡el Isnin! ¡recoge tu vela!— gritaron los pescadores, que, engañados por esta extraordinaria tranquilidad, creían que Joël no sabía que estaba tan cerca de las rocas.

El ruido confuso de estas voces de angustia llegaron al oído del joven pescador. Pasó una sonrisa por su rostro grave. Pero en el momento en que la delantera del barco tocaba la cintura espumosa de los escollos, Joël dió un fuerte golpe de timón.

Saltó el barco, con la proa en el aire, después cayó medio tendido sobre la ola, describió un círculo rápido y se metió ligero como la flecha en medio del Campo de Piedras.

Se escapó un suspiro de todos los pechos.

— Es un atrevido marino— dijo uno de ellos.

— ¡El canal!... ¡el canal!... lo ha descubierto verdaderamente— gritó el anciano Lefloch, que, sofocado por la emoción, cayó inanimado en su sillón.

Entretanto Joël se adelantaba con seguridad en medio de las rocas. Había recorrido tantas veces el canal, de día como de noche, que no podía extrañarse. Así como se lo había hecho reparar á María Ana un año antes, las olas eran menos agitadas en el canal que en la alta mar, el viento perdía allí su violencia. El grupo de los pescadores seguían con ansiedad la pequeña luz, que tan pronto desaparecía detrás de las rocas, tan pronto volvía á aparecer brillante como un fuego fatuo.

En fin, apareció Joël á la extremidad del canal.

Apenas había pasado un cuarto de hora desde el momento en que había salido de la playa de Plouissic; pero, según su impaciencia, estos minutos le habían parecido siglos.

A su izquierda se levantaba el Terrible; oía los sordos mugidos de las olas dando contra la roca. Su mirada penetró en la oscuridad; pero no pudo distinguir nada. Tomó un pito que tenía colgado en el cuello, dió algunos sonidos agudos, prestó el oído, pero nada le respondió. Empezó á apoderarse de su alma una dolorosa ansiedad. ¿Había llegado demasiado tarde? Resolvió doblar la punta del escollo.

— He indicado muy bien á María Ana— pensaba él— el camino que debe seguir para encontrar la entrada del pasaje. ¿Pero se habrá acordado en un momento semejante? Estarán aún en alta mar.

Pasó, pues, la línea espumosa que marcaba la abertura del canal, y puso resueltamente la dirección sobre el Terrible. Estaba decidido á esperar al pie de la roca la barca del piloto, que la corriente no podía dejar de echar allí. Amainó su vela. De pronto le pareció percibir á algunos metros delante de él una forma negra que se dibujaba con vaguedad en la oscuridad del cielo. ¿Era una realidad ó un juego de su imaginación?

— ¡María Ana! ¡María Ana!— gritó con acento desesperado que dominó el estruendo de las olas, rompiéndose contra las rocas.

— ¡Joël!— respondió una voz débil como un murmullo.

— ¡Ah! ¡Qué bueno es Dios!— exclamó el joven.

En un instante desplegó de nuevo su vela; tomó un paquete de cuerdas en una mano; con la otra dirigió su barco hacia el del piloto.

— ¡Ah, mi Joël, sabía muy bien que vendrías!— exclamó María Ana tendiendo los dos brazos al joven salvador.

Pero tantas emociones habían agotado las fuerzas de la pobre niña, y cayó desmayada.

XXI

Se levantó un inmenso clamor en la cima del Isnin cuando vieron aparecer á Joël sosteniendo á María Ana, y Pioux llevando á su grumete en sus brazos.

Rodearon á Joël, lo abrazaron. Todo eran gritos, lágrimas, hurras imposibles de describir.

Querían llevarlo en triunfo.

El joven pescador separó con suavidad á los que le rodeaban, y se adelantó hacia el sillón donde estaba Hervion Lefloch.

Este, viendo de pronto á su lado á su amada hija, la que creía perdida para siempre, olvidó sus dolores, su debilidad, se puso de pie y le alargó sus temblorosas manos.

Pero Joël, cuyos brazos enlazaban el talle de María Ana, se echó atrás de un paso y señalando el color de rosa que volvía á las mejillas de la joven,

— Señor Hervion — dijo con su voz grave y con su tranquila sonrisa — os traigo también mi rama de coral. ¿Me dareis la preferencia sobre Marguen-Lo?

Si vais algún día á Plouisc, querido lector, reparareis de seguro en una casa muy bonita con persianas verdes colocada muy graciosamente en la playa. Cerca de esta casita vereis sin duda á un joven cuyo pecho está cubierto de medallas ganadas por su intrépida abnegación. Muy pronto se juntará á él, no lo dudeis, una hermosa joven con espesas trenzas castañas, con gracioso talle, que vendrá afablemente á cogerse de su brazo. Un poco más lejos vereis á un anciano agobiado por la edad, sentado á la sombra de un manzano y siguiendo con mirada enternecida los juegos de dos hermosos niños que ruedan á sus pies.

Si quereis traer de vuestro viaje uno de esos dulces recuerdos que dejan en el alma un encanto que nunca se olvida, pedid un día la hospitalidad á este joven y suplicadle que os cuente la historia de Joël y de María Ana.

ENRIQUE CAUVAIN.

CONOCIMIENTOS UTILES

Un nuevo túnel en Suiza. — La patria de Guillermo Tell, aquel famoso país inaccesible en todas sus fronteras, va á terminar su comunicación directa con Austria por medio de una vía férrea que, sin pasar por el territorio germánico, y aprovechando el valle del Inn y después el de Reno, atravesará la frontera del Tirol para enlazarse con Viena y con todos los ferrocarriles danubianos, entrando así en la red general de los caminos de hierro de Austria que comunica con los de Turquía hasta los límites de Europa.

Lo notable de esta línea, que mide 137 kilómetros, y que costará 75 millones de pesetas, consiste en el famoso túnel del Arlberg, el cual está próximo á su terminación. Este túnel, digno rival de los que unen la Suiza con Francia, y á Italia con la Alemania del Norte, cuenta una extensión de 10.270 metros, ó sea tres veces más que el nuestro de la Perruca, que enlaza la provincia de León con la de Oviedo á través de la cordillera cantábrica: la perforación se ha realizado á fuerza de barrenos que impulsaban varios motores hidráulicos situados bajo los grandes saltos de agua procedentes de la misma sierra. Según las últimas noticias, los obreros de una y otra parte llegan ya al fin de su trabajo, pues perciben distintamente los golpes de la herramienta y las explosiones de la dinamita, que se verifican en ambos extremos de las galerías. Por fin, la dureza de la roca ha superado á la de los otros túneles referidos.

El calor del sol como fuerza motriz. — En *Il Progresso*, notable revista italiana, dedicada, como indica su título, á consignar todos los adelantos materiales de la época, hemos leído un interesante artículo debido al distinguido ingeniero G. Buonomo, de la Sociedad Africanista de aquel país; y como quiera que el asunto es de excepcional interés, nos apresuramos á extractarle, seguros de que nos lo agradecerán nuestros ilustrados lectores.

Plutarco nos dice que cuando se extinguía por cualquier circunstancia el fuego sagrado, por el que velaban las antiguas sacerdotisas del paganismo, no se podía encender de nuevo por los medios ordinarios; al efecto era preciso obtener una llama pura independiente de todo contacto humano, y para lograrlo la obtenían del sol, haciendo uso de una gran pantalla metálica que, concentrando los rayos solares sobre un puñado de hojas secas, producía el fuego que se deseaba. Esta pantalla es precisamente el cono de que, al través de los siglos, se vale Mouchot para poner en ebullición la caldera de vapor durante sus últimas experiencias de la Argelia.

Otro hecho notable de la antigüedad es el que se atribuye á Arquímedes, denominado de los espejos ustorios, con que abrasó toda la flota que bloqueaba á Siracusa; hecho negado por muchos y sostenido por otros que le declaran posible, fundándose en la experiencia, que siempre puede realizarse, con los elementos necesarios, y con la que, combinando 128 lentes, expuestos al sol en el mes de Abril de 1747, se llegó á incendiar una tabla á 48 metros de distancia.

Después de estas tentativas para obtener calor, que, según los adelantos modernos, es lo mismo que fuerza, el francés Lonicier inventó un aparato destilatorio aprovechando el calor del sol, y más tarde el italiano G. B. de la Porta, en su libro XIX de la *Magia natural*, propone la utilización del mismo calor para elevar el agua á la parte alta de una

torre, y últimamente, fundándose en un principio análogo, Salomone de Caus construye una fuente continua, y el jesuita Martín una máquina elevatoria.

De igual modo el físico ginebrino de Saussure, en el año 1767, admiró al mundo científico con su HORNILLO SOLAR, constituido por cinco cajas, de cristal de Bohemia metidas unas dentro de otras de modo que, puestas bajo la acción de los rayos solares, se lograban 87° de calor en la caja interior y una temperatura igual á la del ambiente en la primera caja. Siguiendo los mismos pasos que el célebre suizo citado, el francés Ducarla aumentó en mucho la temperatura del hornillo solar agregando nuevas envolturas á la caja central.

Después, dos sabios distinguidos, Melloni, profesor de la Universidad de Nápoles, y Tyndall, catedrático en Inglaterra, discurren al mismo tiempo sobre los medios de apreciar el calor lunar; el primero deduce de sus experiencias las leyes de la radiación del calórico, y el segundo, como resultado.



JUAN GÓMEZ DE MORA,
Célebre arquitecto del siglo XVII.

de sus estudios, perfecciona dichas leyes, y en vez de utilizar una lente para reunir los rayos caloríferos, aprovechan un reflector cónico de grandes dimensiones, última expresión de los adelantos en el problema sobre que venimos historiando.

El profesor del liceo de Tours (Francia), Mouchot, después de haber divagado en distintos sentidos, presentó en la Exposición de París de 1878 un pequeño concentrador de los rayos solares, digámoslo así, que ponía en acción un alambique de escasas proporciones; otro modelo calentaba extraordinariamente un recipiente con agua y, por fin, con un gran reflector de 20 metros cuadrados calentaba una caldera cuyo vapor movía una máquina que elevaba 2.000 litros de agua por hora. Más tarde, el Sr. Mouchot, según hemos dicho, hizo nuevas experiencias en la Argelia, cuyos resultados, si bien eran sorprendentes, pues llegó en el mes de Marzo á conseguir una fuerza igual á dos caballos de vapor, sus aparatos eran poco prácticos y difíciles de manejar, perdiéndose demasiado el calórico que se proyectaba sobre el reflector. Sin embargo, el principio estaba perfectamente determinado, y fundándose en él, un ilustre ingeniero llamado Pifre modifica esta última expresión de tan notables adelantos, presentando á la consideración general un aparato mucho más perfecto.

Describamos el aparato de Mouchot: supóngase una gran pantalla cónica expuesta á los rayos solares, cuya superficie de platino se encuentra muy bien pulimentada, y en su centro se fija una caldera tubular en dirección de los mismos rayos: esta caldera se ennegrece en toda la parte que ocupa el agua, cubriendo con chapa de cobre pulimentado su cámara de vapor á fin de impedir la irradiación del calórico; además, se envuelve dicha caldera en un tubo de cristal completamente cerrado para que el aire atmosférico con sus naturales movimientos no se lleve el calórico. Todo el aparato se monta en un eje dotado de dos movimientos: uno en sentido vertical y otro horizontal, bastando un muchacho cualquiera para que por medio de una manivela logre presentar constantemente la pantalla frente al sol.

Pues bien, el insolador Pifre parece resolver la cuestión de un modo más satisfactorio, aplicándole á multitud de necesidades; por ejemplo, la *Sociedad solar* que explota en París estos aparatos, los construye por 2.000 pesetas, capaces de destilar 45 litros por hora, los cuales pueden facilitar en las diez horas de sol 450 litros por día. Otros se aplican á la ascensión de aguas, y los hay que en diez horas elevan á 5 metros de altura 380.000 litros. En los países ardientes, donde tan necesario es el hielo, se puede montar uno de estos insoladores, y, proyectando un chorro de vapor sobre el aparato Carré, se logra hacer hielo por medio del sol.

Véase cómo con el mismo sol abrasador de las zonas tórridas se puede aliviar la suerte de los infelices que viven en tan inhospitalarias regiones, proporcionándoles agua donde se encuentre salada ó en malas condiciones de potabilidad, elevarla donde la haya subterránea, y hasta congelarla para regalo de los que hoy perecen casi asfixiados en aquellos lugares. Por este medio se convertirán en preciosos vergeles las agostadas costas del Mar Rojo, cuya atmósfera es casi irrespirable en la actualidad. Últimamente se han construido modelos pequeños de un metro cuadrado superficial, con los cuales se puede destilar 2 $\frac{1}{2}$ litros de agua por hora, constituyendo una verdadera cocina, pues con este aparato se cuecen carnes, se hace una taza de té, si se quiere, y cuanto sea preciso, mejor y más pronto que con la leña. En cinco minutos se monta el aparato, y á la hora facilita de 1 á 5 litros de agua hirviendo. De hoy más, las caravanas que se abrasa de sed, aun atravesando pantanos de aguas impuras y sin poder preparar los alimentos, satisfarán ambas necesidades llevando tan solo estos aparatos en sus penosas expediciones, sobre todo si se tiene en cuenta su pequeño volumen, pues caben en reducidas cajas dispuestas á propósito.

Meditando sobre estos nuevos aparatos, no puede ser más lisonjero el porvenir de Africa, pues con ellos se puede crear el vapor, ó sea el elemento que resuelva todas las necesidades de la vida moderna, desde las más sencillas hasta las más complicadas; y, para apreciar mejor la importancia del hecho maravilloso que nos ocupa, meditemos por un instante en el número de insoladores que pueden colocarse en el desierto de Sahara, donde tanto abundan las aguas subterráneas! Este prodigioso adelanto de la civilización moderna transformará el abrasado páramo del África en un rico vergel, capaz de alimentar espléndidamente á una población igual á la que hoy vive en Europa envuelta en tantos sobresaltos y amenazada siempre de la mayor miseria.

ADVERTENCIA

Desde el año de 1877, en que comenzó á publicarse LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, no ha dejado de mejorar, hasta el punto de que, comparados los números actuales con los primeros, acusan, como ahora se dice, un adelanto sorprendente. Los precios de suscripción, sin embargo, no han variado.

No es nuestro ánimo, al menos por ahora, alterarlos; pero son tantos los perjuicios que se nos ocasionan con la morosidad y descuido de algunos corresponsales, que, siguiendo la práctica de todos los demás periódicos, hemos creído de equidad el subir los precios de las suscripciones hechas en casa de los corresponsales para subsanar en alguna parte los perjuicios que se nos irrogan. Bastará decir que abonamos el 25 por 100 á los corresponsales; de modo que de 60 reales vienen á quedar para nosotros 45. Agréguese á esto que algunos pagan mal y que la mayoría nos cuestan muchas cartas, y resultará que á veces nos son gravosas y cuestan dinero las suscripciones de los corresponsales.

Desde esta fecha, las suscripciones hechas en casa de los corresponsales costarán: por un año, 68 reales; por seis meses, 34 reales; y por trimestre, 18 reales.

Quedan los mismos precios antiguos para los corresponsales de Ultramar.

Madrid. — Tipografía del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús Juan Bravo, 5 (barrio de Salamanca).